

Nuestro PROPIO CIELO

Ezequiel Dellutri



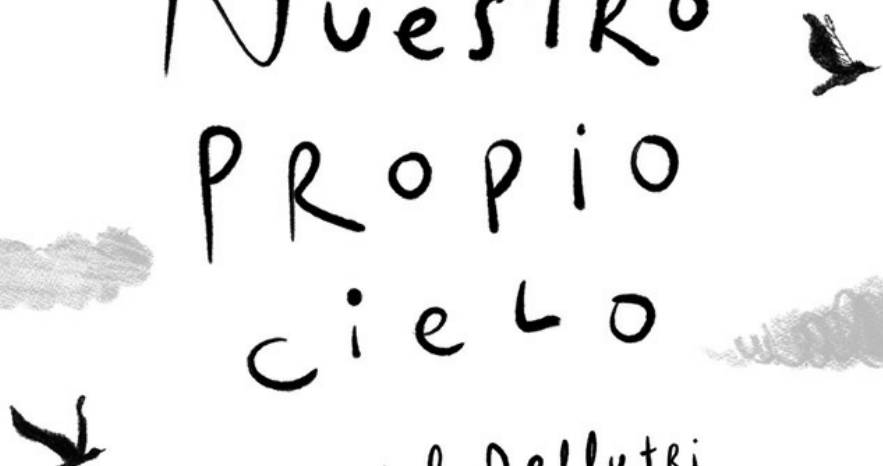
SUDAMERICANA
J O V E N
N O V E L A

Nuestro PROPIO CIELO

Ezequiel Dellutri



Nuestro
Propio
Cielo



Ezequiel Dellutri

SUDAMERICANA
J O V E N
NOVELA

*Para Damián.
Si hay un cielo de palabras,
seguro es el nuestro.*



PRIMERA PARTE

Una biblioteca



Estaba leyendo.

Leyendo en voz alta.

Mi papá dice que soy bueno.

Por eso, lo acompañé a trabajar esa tarde a un departamento donde había una biblioteca enorme. Quería que la viera, que eligiera un libro, que se lo leyera.

Porque yo amo los libros.

De pronto, mientras leía, me di cuenta de que me observaban.

Escondí el libro lo más rápido que pude y me bajé de la mesada donde estaba sentado.

Traté de que no se me vieran las zapatillas, pero no pude.

Que no las vea, pensé.

Que no las vea.

Pero la mujer las vio. Fue lo primero que hizo.

—Qué bien lee el nene —dijo.

Mi papá, que estaba metido adentro del mueble de la cocina, se asomó.

—¿Vio, Fanny? En eso no salió a mí.

Se rio y la mujer también. Después, ella avisó que se iba a repasar el cuarto del señor, que volvía de viaje al día siguiente. Antes de salir, me miró las zapatillas de nuevo.

—¿Viste que es cierto? —me dijo papá—. Hasta la señora se dio cuenta de que sos bueno leyendo.

Papá siempre me decía que leía muy bien, pero yo no le creía.

Miré el libro sin saber qué hacer.

—No lo escondas. Le pedí permiso a la señora. Me dijo que estaba bien. Ya le hice varios trabajitos, ¿sabés? Desde que vi la biblioteca quería traerte.

—Es enorme.

Era como un mar de hojas; nunca había visto tantos libros juntos.

—Leé más, Lázaro. Me gusta escucharte.

Seguí leyendo.

Al rato, volvió la señora.

—Don Francisco, ¿puedo hablar con usted? —llamó a papá. De nuevo me miró las zapatillas, pero después sonrió. Me sonrió.

Papá se limpió las manos en los pantalones y se acercó a la señora. Hablaron durante un rato. Papá a veces decía que no con la cabeza; otras, se reía, cada tanto me miraba. Yo no entendía de qué hablaban, pero me parecía que era sobre mí. ¿A la señora no le gustaba que en su cocina hubiese un chico con las zapatillas rotas?

Hablaron un rato más, la señora me miró, miró mis zapatillas, sonrió. Mi papá volvió a su trabajo; yo seguí leyéndole. Cuando terminó, me di cuenta de que guardaba las herramientas despacio; me daba un poco más de tiempo para estar con el libro.

Para despedirme.

Antes de salir, fuimos hasta la biblioteca. Dejé el libro en el mismo lugar donde lo había encontrado.

—Algún día vas a tener una biblioteca así —me dijo papá.

Me dio alegría escucharlo, como si ya fuera cierto. Pero cuando nos íbamos, también me dio tristeza.

Abajo, nos encontramos con don Carlos, el encargado del edificio. Mi papá le mostró lo que la señora le había dado, don Carlos agarró algunos billetes. Se sonrieron como amigos.

Nos fuimos caminando juntos. Papá con la caja de herramientas; yo, agarrado a su muñeca.

—Vení del otro lado, así estás más cómodo —me decía, pero yo me quedaba ahí, al lado de la caja de herramientas. Tenía miedo de que nos la robaran y de que papá no pudiese trabajar más.

—¿Sabés qué me contó la señora Fanny? Que el hombre que vive en ese departamento es un escritor muy famoso: recorre el mundo hablando de libros. Y, no lo vas a creer, pero este hombre es ciego, vos fijate, un escritor ciego... Como no puede leer, necesita alguien que le lea en voz alta. Un rato, cada tanto.

Agarré a mi papá más fuerte de la muñeca, pero no dije nada. Él se quedó en silencio y después habló como si las palabras le dolieran:

—Te pagaría unos pesos —dijo.

A mí me parecía una buena noticia, pero mi papá estaba serio, como enojado.

—¿Puedo hacerlo? —pregunté.

—Claro. ¿Te pareció grande la biblioteca?

Dije que sí. Le apreté la muñeca y soltó una sonrisa, miró para arriba, entre los cables, entre las ramas de los árboles. Yo sabía que quería ver los pájaros, que siempre se escapaban del cielo de la ciudad.

—Las zapatillas —le dije a papá.

La tarde siguiente tenía que ir a leerle por primera vez al Escritor.

Papá las miró. Las costuras se habían roto y se veían las medias. Me daba vergüenza.

—Vamos a encontrarle la vuelta. Vos dormí que algo se me va a ocurrir.

Apagó la luz, pero se quedó sentado en la cama.

—Salgo un ratito, no te asustes —me dijo.

Me quedé solo. No podía dormir. Escuchaba a la mujer del cuarto de al lado pelear con su esposo. No entendía qué decía, por qué gritaba y lloraba al mismo tiempo. A él, en cambio, sí lo escuchaba bien:

—A todas les pasa, mujer, no es para tanto. Y yo siempre vuelvo —y repetía eso: que siempre volvía.

Cuando llegó papá, yo seguía despierto.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Tenías que descansar... ¿mirá si mañana te quedás dormido mientras le lees al señor?

Me mostró un par de zapatos.

—Me parece que son un poco chicos, pero con el tiempo se estiran, ¿viste?

Me los probé. Apretaban, pero prefería eso a las zapatillas rotas.

—Se los pedí a la del 6.º B. Te los había guardado.

Yo sabía que mi papá trataba de no volver al edificio del que nos habían echado, pero había ido por mí, para que no pasara vergüenza.

Dejé los zapatos al lado de la cama. Aunque no eran nuevos, me pareció que tenían olor a recién salidos de la zapatería.

Cuando llegamos a donde vivía el Escritor, los pies me dolían. Había estado todo el día con los zapatos puestos. Tenía ampollas, pero me aguanté.

Nos recibió la señora Fanny. Mi papá le avisó que en una hora me pasaba a buscar. Fanny le preguntó si, antes de irse, no quería hablar con el Escritor, conocerlo, pero papá le dijo que no, qué iba a hablar él con un hombre tan inteligente, que tenía confianza, que muchas gracias, que de nuevo muchas gracias.

Fanny me llevó hasta la biblioteca y ahí estaba: sentado en un sillón, con un enorme gato al lado.

No parecía ciego: miraba por la ventana con el cuello muy estirado. Tenía los ojos tan claros como el cielo. Pensé que unos ojos así, de ese color, no podían estar ciegos.

La señora Fanny me presentó. No me acuerdo qué dijo. Yo estaba muy nervioso. Los pies me dolían. Cuando escuchó mi nombre, el Escritor comentó:

—¿Lázaro? Qué apropiado.

Pensé que se burlaba, igual que hacían los chicos en la escuela.

—Bienvenido —me dijo cuando Fanny se fue. Después de un rato, agregó—: ¿Usted sabe quién soy?

Le dije que un escritor famoso. Me preguntó si sabía su nombre. Le dije que no.

—Mejor. Aunque he escrito algunas cosas, no creo que sean relevantes. En realidad, yo soy un simple lector. También me gusta traducir lenguas muy antiguas, que es una forma bastante especial de leer. No está mal, ¿no? Sé que a usted le gusta leer, ¿verdad? Porque entonces, somos iguales: solo dos lectores en este viejo departamento.

No supe qué decir. El Escritor dio unos golpecitos en un libro que tenía sobre una mesa, al costado de su sillón.

—Pensé que podríamos empezar con este libro. Lo leí cuando tenía su edad, o antes, pero en inglés. Me gustaría que alguien me lo lea en español. Sería como leer algo muy viejo y muy nuevo al mismo tiempo.

Agarré el libro. No quise sentarme: me pareció que tenía que leer parado, como en la escuela.

El libro se llamaba *La isla del tesoro*.

Empecé a leer, pero estaba nervioso. Cada vez que me movía, me dolían los pies. Leí un poco. El Escritor hizo un gesto para que me detuviera.

Sentía mis lágrimas, pero no quería que se diese cuenta.

—¿Por qué tiene miedo? —me preguntó.

Y aunque nunca hablo, esta vez se lo dije todo:

—Tengo miedo de hacerlo mal, tengo miedo de no ver la biblioteca de nuevo, tengo miedo de no volver a agarrar este libro, tengo miedo de no entender, tengo miedo de trabarme, tengo miedo de que usted piense que soy un tonto.

El Escritor tenía los ojos clavados en mí, como si me viera. ¿Se iba a burlar?

—Y además de todos esos miedos —me dijo— le aprietan los zapatos.

¿Cómo se había dado cuenta?

Justo en ese momento, apareció Fanny.

—¿Pasó algo, señor?

—Nada, Fanny, nada. Solo que nuestro amigo quiere sacarse los zapatos, lo que me parece muy bien; yo voy a hacer lo mismo.

El Escritor se sacó los zapatos. Sus dedos se movían dentro de las medias. Sonrió.

Me saqué los míos.

—Acérquese, Lázaro de Buenos Aires. Quiero contarle algo.

Me acerqué al sillón.

—Los ojos ven las palabras. Y la boca, las dice, ¿no le parece? Pero no sé si eso es leer. ¿Sabe qué es leer, Lázaro?

—No sé.

—Para muchos, leer es viajar, conocer, saber, pensar. Pero para mí, leer es olvidar. Toda mi vida fui un cobarde, ¿sabe? Y siempre lo lamenté. Pero cuando leo, olvido. Olvido quién soy. Leer es una forma de escapar. Entonces, lo que usted y yo vamos a hacer...

—... es escaparnos juntos.

El Escritor dijo que sí con la cabeza.

Me pareció que era muy viejo.

Me pareció que sabía mucho.

—Es usted muy inteligente, Lázaro de Buenos Aires.

Volví a leer. Me trabé. Volví a empezar. Volví a trabarme. Y empezar, y trabar, y empezar, y trabar.

Hasta que al final, pude.

El Escritor se acomodó en el sillón. El gato se acurrucó a sus pies.

Habíamos empezado.

No sabía qué.

Pero habíamos empezado.

Es un misterio, pero cuando leo, los libros me hablan. Si la gente me dice algo, me cuesta entender, me cuesta contestar. Pero cuando un libro me habla, todo se acomoda: lo que pasa ahí adentro me pasa también a mí, acá adentro.

La isla del tesoro hablaba de Jim, un chico muy pobre que vivía y trabajaba con su madre en una vieja posada. Su padre estaba enfermo, a punto de morir. Un marinero les alquilaba una habitación. Era viejo, tomaba ron y le tenía miedo a una sola cosa: un hombre al que le faltaba una pierna y que vendría a buscarlo.

Yo era Jim: también ayudaba en casa, también estaba solo, también tenía miedo. Y no es que nos pareciéramos: era yo, yo mismo. Lo que le pasaba a él, me pasaba a mí. O en realidad era él quien se metía en mi vida: Jim me robaba. Y estaba bien.

Al final, descubrimos que el viejo marinero era, en verdad, un temible pirata. Sus antiguos compañeros lo buscaban para robarle algo, pero no sabíamos qué. Y terminaba muriendo de puro miedo, sin pagarles a Jim y a su madre el alquiler de la habitación.

Cuando llegué al final del tercer capítulo, el Escritor me detuvo.

—Usted es Jim, ¿no es cierto?

Le dije que sí.

—Yo no sé quién soy. He leído muchos libros y no logré averiguarlo. Escribí un cuento, creo recordar, que trata de un hombre que dibuja un mapa con todo lo que existe en el mundo. Antes de morir, ve su obra y se da cuenta de que ese mapa es en verdad su propio rostro. Me pregunto qué tan cerca de la muerte hay que estar para verse a uno mismo.

No entendí lo que decía, pero me pareció que estaba triste.

Era viejo. Iba a morirse.

Y se daba cuenta.

Estaba seguro de que no me iba a llamar más.

Fui a leer y me había trabado.

¿Quién podía querer a un lector que se trababa?

—Me dijo la señora Fanny que seguro volvés pronto —dijo papá. Yo pensaba que le había mentido—. Parece que leíste muy bien.

Después, me preguntó:

—¿Cómo es el señor?

—Raro —le dije. Enseguida me pareció que no estaba bien, y agregué—: Pero bueno. Y tiene un gato enorme que duerme mientras él lo acaricia con los dedos de los pies.

—¿Estaba descalzo el señor? Es raro de verdad, entonces.

—Pero también bueno —repetí.

—Claro, Lázaro. Muy bueno debe ser.

Papá paró en la panadería y compró cuatro tortitas negras.

—Hay que festejarlo con unas caritas sucias.

Así era como llamaba a las tortitas negras. A mí me causaba gracia, por eso mi papá lo repetía siempre. Decía que le gustaba verme reír.

Festejamos tomando mate y comiendo tortitas negras, riendo cada vez que decíamos carita sucia.

Había luna llena. Siempre me gustaron las noches de luna llena, porque todo parece distinto, como salido de un libro.

Por la ventana de nuestro cuarto, la luz iluminaba la cara de mi papá mientras dormía. Yo no tenía sueño: pensaba en *La isla del tesoro*, en los libros, en el Escritor.

Y en mi papá. Me gustaba verlo contento, cerca de mí, sin pensar en el cielo del monte que era tan distinto al de la ciudad.

Me levanté despacio, sin hacer ruido. Me acerqué a la luz que entraba por la ventana, que convertía nuestra habitación en un mundo chiquito y azul.

—Papá... —creo que dije en voz baja.

Me acerqué todavía más, le puse la mano en la barba, que siempre pinchaba un poco, aunque no dolía. Le di un beso en la frente. Me aguanté las ganas de llorar, volví a mi colchón y lo seguí mirando.

Y de pronto, dormido, mi papá sonrió.

Pensé de nuevo en el libro, el gato, el Escritor, la señora Fanny, los zapatos, la tristeza y en esa sonrisa.

Cerré los ojos.

Hice fuerza para dormir pensando en que, a veces, papá podía ser feliz.

A veces.



SEGUNDA PARTE

Una ausencia



Papá casi siempre es bueno. Y eso es un problema.

Antes era encargado de un edificio, hasta que lo echaron. Fue una semana donde el casi le ganó al bueno.

Más que por las botellas o por el olor, yo me daba cuenta por la voz. Era como si las palabras recién se estuviesen despertando: les costaba salir. Y no importaba si ese día me había sacado una buena nota, la maestra me había felicitado o se me había acercado algún compañero para hablar: toda la alegría se me escapaba apenas escuchaba esas palabras atolondradas.

Cuando eso pasaba, papá no salía: solo tomaba un vaso atrás de otro, mirando por la ventana que daba al pulmón de aire.

Siempre igual.

Llenaba el vaso.

Y tomaba.

Y tomaba.

Y cuando se acababa, se enojaba.

Y me mandaba a comprar.

Y me pedía que llevara la bolsa de lona, que nadie viera.

Y yo iba, aunque no me gustaba. A veces, era de noche y tenía que caminar unas cuadras a oscuras. En la calle había gente que no conocía, gente que revolvía la basura, gente que también tomaba, como mi papá. Y eso me daba más miedo: por ahí se empezaba como papá y se terminaba así, en la calle. Los que tomaban siempre estaban solos. Me preguntaba si tendrían hijos. Dónde estarían. Si también los mandaban a comprar más botellas.

Papá era lo único que tenía. Sin él, ¿qué iba a hacer? Me iba a quedar en la ciudad sin conocer a nadie, sin saber a dónde ir, a quién preguntarle, con quién reírme. Me iba a quedar solo con ese cielo sin pájaros.

Cuando volvía al departamento con las botellas, papá tomaba un poco más.

Y cuando se acababa, volvía a enojarse.

Y si no había más plata para comprar, se enojaba mucho más.

Y decía cosas que yo no entendía.

Y después lloraba.

Y se quedaba dormido.

Una noche en la que papá hablaba con esas palabras rasposas, se cortó la luz en el edificio. Tuvo que bajar para arreglarlo. Tardó mucho.

—Me van a echar —dijo cuando volvió.

Me van a echar, dijo, y nada más. Las palabras estaban despiertas otra vez, pero lo que decía era triste, porque tenía razón: a los dos días nos echaron.

—Ni la del 6.º B pudo ayudarnos.

La del 6.º B era nuestra amiga: siempre nos ayudaba. Cuando a los nietos no les quedaba la ropa, me la pasaba. Para mi cumpleaños, siempre me hacía un regalo.

Pero igual nos habían echado. Yo estaba enojado.

—Vos hacés todo lo que te piden —le dije a papá.

—Tienen razón —me contestó.

—Tienen razón —repitió.

Tienen razón.

Ahora vivíamos a unas cuadras, en una pensión.

El administrador que había echado a papá vino a vernos y habló largo.

—Lo odio —dije cuando se fue.

—No lo odies. Es un buen hombre. Si fuera por él, no nos hubiesen echado. Hasta consiguió que me dieran unos pesos, para tirar un tiempo. Y va a tratar de ayudarnos. Me va a recomendar en otros edificios de por acá, para hacer changas. Vas a tener que acompañarme, Lázaro. Está dura la cosa.

—Extraño nuestro departamento.

Mi papá no contestó.

—Nunca más... —empezó, pero no terminó la frase.

Nunca más, ¿qué?, quise preguntarle, pero no pude.

No sabía cómo decírselo.

No sabía en qué momento decírselo.

Un día, cuando volvía del colegio, mi papá me habló de nuevo con esas palabras. Apenas raspaban, pero yo las conocía bien.

—Papá...

Me miró. Los ojos eran como los de un pez en una pescadería: brillosos.

Muertos.

Se lo dije sin pensar:

—Me da miedo ir a comprar.

Estaba seguro de que iba a tener uno de sus enojos.

Pero no.

Se arrodilló al lado mío.

Sentí el olor.

Olor a caja de herramientas.

Me abrazó.

—Yo...

—Me da miedo —repetí.

Me agarró de los hombros, me alejó, me miró a los ojos. Pensaba que le tenía miedo a él.

Me hubiese gustado decirle que no, pero las palabras no querían salir.

Se paró, se restregó los ojos, agarró la botella, fue al baño, tiró lo que quedaba en la pileta.

—Andá al almacén —me dijo—. Llevá las botellas y deciles que te devuelvan la plata de la seña.

Cuando volví, mi papá estaba sentado frente a la mesa, tomando matecocido. Le di la plata.

—Quedátela —me dijo—. Te la ganaste. Juntala para tu libro.

Yo estaba ahorrando para comprarme un libro, porque no tenía ninguno: todos me los prestaban, pero quería uno que fuese mío.

No sabía por qué me había ganado la plata de la seña, pero la guardé en el frasquito de yogur que me había dado la del 6.º B antes de que nos echaran.

—¿Falta mucho para que puedas comprarlo? —me preguntó mi papá.

A veces, cuando me daba cuenta de que papá estaba preocupado por la plata, yo ofrecía la del frasquito, pero siempre me decía que no, que era para el libro, que ya nos íbamos a arreglar, que

no me preocupara. No entendía por qué le daba tanta importancia al libro, si él nunca leía.

—No sé cuánto sale un libro.

—Mañana preguntamos, ¿quieres?

Dije que sí con la cabeza. Mi papá me alcanzó la punta de un pan. Era la parte que más me gustaba. Cuando me acerqué a agarrarlo, me di cuenta de que ya no tenía olor a monstruo. Se había puesto un poco del perfume que guardaba en el baño.

—Es para ocasiones especiales —me había dicho una vez.

Le pregunté por qué se había puesto perfume.

Respiró hondo.

—Porque le gané una. Le gané una, amigo.

Y me pasó el brazo por el hombro. Ese día fue la primera vez que sentí que sí, que mi papá era también mi amigo.

Mi único amigo.

El cuartito donde vivíamos tenía una mesa y dos sillas, dos camas, un baño con una pileta y un inodoro con cadena. También manchas de humedad. Nunca lo habían pintado.

Había una sola ventana, muy chica, por la que apenas entraba aire. A la noche, me despertaba y sentía que no podía respirar.

A las pocas semanas de mudarnos, papá consiguió unos tachos de pintura y la habitación cambió un poco. A mí seguía sin gustarme, pero no se lo dije. Me fui acostumbrando.

No me gusta ir a la escuela.

Y no es que me vaya mal: me va bien, sobre todo en Lengua.

Matemática me cuesta un poco, pero igual apruebo.

Detesto Educación Física.

La odio.

Pero las demás materias me gustan.

El problema son ellos.

Ellos. Los otros.

Mis compañeros.

O no.

Por ahí, el problema soy yo.

Soy yo que me cuesta hablar.

Tengo la cabeza llena de palabras, pero cuando quiero hablar, se esconden. Se acurrucan. No quieren salir.

Salvo cuando leo.

Cuando leo, las palabras ya no se esconden: abren la puerta y salen. Y las siento mías, aunque en realidad sean de otros, de los que las escribieron.

—Qué bien lees, Lázaro —me dijo la maestra el primer día que leí.

Hasta ese momento, yo era uno más. Ni mi nombre se acordaba la señorita.

Todas las mañanas, hacía leer a uno. Siempre el mismo libro, uno un poco tonto, un poco divertido.

Y desde el primer día, yo estaba esperando que me llamara. La señorita siempre preguntaba:

—¿Quién quiere leer hoy?

Y yo pensaba: hoy levanto la mano, hoy levanto la mano, hoy levanto la mano.

Pero nada. La mano se me volvía pesada, el brazo de piedra y yo me quedaba ahí, chiquito, solo, como un pajarito perdido en el cielo de la ciudad. Igual a todos.

Hasta esa mañana.

Esa mañana en la que la señorita me señaló, me pasó el libro, me marcó lo que tenía que leer. Sentí su perfume, por primera vez. Casi nunca huelo el perfume de una mujer, porque vivo con papá.

Pero ese día, cuando tomé mucho aire para empezar a leer, las ganas me llegaron con ese

perfume lindo. Olor a señorita, olor a mamá, aunque no fuera la mía.

Y entonces, lleno de aire y de perfume, empecé a leer.

Y leí, y leí, y leí. Varias páginas. Más de las que leían los otros.

Me pareció que todo lo demás se ponía en blanco y negro, y yo, en cambio, iba empezando a pintarme: despacito primero, apenas apretando el lápiz, y después con toda la fuerza.

—Qué bien lees, Lázaro —me dijo la señorita y yo sonreí. Y me sentí feliz, y me sentí mirado, y me sentí grande, enorme, gigante.

Pero para el recreo, se habían olvidado. Era gris de nuevo, en blanco y negro, parado ahí, al costado de la puerta del aula, con las manos en los bolsillos del guardapolvo, mirando el piso, solo.

Muy solo.

Un día, la maestra me llamó.

—En una semana tenemos el acto —me contó—. La directora quiere que alguien lea el discurso. Yo dije: tiene que ser Lázaro. ¿Te animás?

Sentí el perfume otra vez. Quería decir que sí, pero no podía. Era tan chiquita la palabra, y no salía. De la bronca, se me llenaron los ojos de agua.

—¿Qué pasa? ¿Te da vergüenza? Si no querés, está bien. Pero estoy segura de que podrías hacerlo.

Nunca había hecho un esfuerzo tan grande, pero al final salió:

—Sí, quiero.

La señorita me dio un beso hecho de perfume. Me dijo que estaba feliz, que muchas gracias, que mañana me traía el discurso, que sabía que lo iba a hacer muy bien, que leía hermoso.

—¿Puedo decirle a mi papá que venga? —le pregunté antes de salir al recreo.

—Claro. A quien vos quieras —me contestó.

Después, hice lo de siempre: me quedé parado al lado de la puerta del aula, con las manos en los bolsillos del guardapolvo, mirando la punta de mis zapatillas rotas.

Será por eso que nadie vio mi sonrisa hecha de puras palabras.

Leí en el acto.

Estaba nervioso. Tenía miedo de que las palabras se me trabaran.

Pero no. La gente aplaudió. Yo sonreí, miré el suelo, la señorita me hizo señas para que no me escondiera. Levanté la vista: todos aplaudían, todos menos mi papá, que me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué no aplaudiste? —le pregunté.

—No pude —me dijo.

Pero yo no entendí.

Fanny vino a vernos.

—El señor quiere que Lázaro vuelva.

—¿Vio cómo lee? —le dijo papá.

Miré el piso, como siempre.

Estaba nervioso, como siempre.

Fanny preguntó si mañana a la tarde, a la hora del té.

—Te voy a preparar escones, Lázaro. ¿Te gustan?

Dije que sí.

Cuando se fue, le pregunté a papá:

—¿Qué son los escones?

Él tampoco sabía.

—Mañana me contás, pero vas a tener que comerlos. Ya le dijiste que te gustaban.

Se rio, y yo con él.

—Sigamos por donde quedamos —dijo el Escritor esa tarde.

El libro estaba sobre la mesa; el gato, acostado a los pies de su dueño. Gruñó cuando me acerqué.

—No lo conoce todavía, Lázaro. No se preocupe. Beppo es así.

—¿Se llama Beppo?

—Claro. Antes tenía otro nombre, pero este me gusta más y creo que a él también.

Empecé a leer.

Jim y su madre encontraban un mapa misterioso en el baúl del pirata muerto. Se lo llevaban al doctor Livesey, un hombre bueno que siempre ayudaba a la familia. Junto con el intendente Trelawney descubrían que se trataba de un plano que indicaba dónde estaba enterrado el tesoro de un famoso pirata: el capitán Flint. Decidían alquilar un barco y partir a buscar el tesoro, llevando a Jim como ayudante.

Era el comienzo de una aventura.

Yo también estaba teniendo la mía: leerle al Escritor era mi propio viaje. Mi isla del tesoro era el departamento, con su biblioteca, con sus libros.

Mientras le leía, el Escritor cerró los ojos. Pensé que estaba dormido. Dejé de leer. Cuando habló, apenas movió la boca. Su voz me sorprendió.

—¿Por qué se detuvo, Lázaro?

No contesté, pero eso no le molestó. Esperó con los ojos cerrados hasta que al final dije:

—Creí que se había dormido.

—No, no, no, querido Lázaro. Solo viajaba, recorría el puerto con Jim y John Silver, el cocinero que el intendente Trelawney acaba de contratar. ¿No le resulta sospechoso? Encontrar un hombre sin una pierna... ¿Será casualidad?

—Pero John Silver es bueno. Defendió a Jim y quiso contarle al intendente todo lo que había sucedido —dije.

El Escritor sonrió.

—Ni siquiera la primera vez que leí esta novela pude disfrutarla como usted, Lázaro. Está muy bien.

Me puso contento que dijera eso. Después agregó algo que no entendí:

—La única forma válida de leer es desde la ingenuidad. Y usted lo hace con mucha maestría.

Seguí leyendo. Estaba anocheciendo. No quise decirle al Escritor que estábamos a oscuras. Me

confundí varias veces: no podía ver las palabras.

—¿Está cansado? —me preguntó.

Le dije que estaba oscuro y no podía ver.

—En cambio, yo veo todo lo que usted lee, Lázaro. Veo el barco, veo a los tripulantes, veo las literas. Veo, también, la pólvora y hasta un poco de maldad. Cuando escucho leer, vuelvo a ver. Cada detalle: nada se me escapa.

Me acerqué al Escritor. Hablaba bajo y quería escucharlo mejor.

—¿Cómo es estar ciego? —le pregunté.

—Triste —me contestó—. Muy triste. A veces, cada tanto, veo algo. El amarillo, sobre todo. Mientras la enfermedad avanzaba, visitaba el zoológico. ¿Ha estado alguna vez, Lázaro? ¿No? Hay una jaula con tigres. Me paraba ahí y estaba horas mirando ese amarillo que iba y venía. No podía verlos, pero los imaginaba. Los leía, ¿me entiende?

—Como si el amarillo fuese una palabra viva.

El Escritor se reclinó en su sillón. En las manos, tenía su bastón.

—Es bellissimo: una palabra viva —dijo.

—Pero todas las palabras están vivas —se me ocurrió decir—. Se mueven como el amarillo y nosotros imaginamos el tigre, el mar, el barco, los piratas.

El Escritor dijo que sí con la cabeza. Dejó el bastón. Puso sus manos sobre las rodillas.

—Es verdad —susurró—. Por eso, la tristeza horrenda de estar ciego no es tan triste ni tan horrenda cuando usted lee, Lázaro. Gracias por recordármelo.

—¿Recordarle qué?

—Algo que había olvidado.

No sé por qué lo hice: le agarré la mano. El Escritor giró la cabeza con lentitud. Sus ojos me parecieron más claros que antes. Pensé que me veía, que podía verme. No bajé los ojos: no me daba vergüenza mirarlo. No era porque no podía verme.

Era porque estaba cerca.

Fanny había llegado al rato. Nos había retado por no prender la luz. Después nos dio té con escones. Eran unas masitas muy duras. Le pedí permiso para llevarle una a papá.

—No sabe qué son.

Fanny se rio. Se había dado cuenta de que yo tampoco sabía. Le había mentido, pero no le importaba.

De nuevo, nos quedamos solos.

—¿Cuál fue el primer libro que leyó? —le pregunté.

Me parecía que la vergüenza de antes, ahora estaba muy lejos.

—No lo recuerdo. Pero puedo suponer que el primer libro que leí no lo leí —dijo—: Me lo leyeron.

—¿Quién?

—Madre. Ella me leyó al principio y me leyó al final.

—¿Cómo era?

—¿Madre? —se quedó en silencio—. Es difícil definir a una persona.

—¿La extraña?

—Siempre.

—Yo también extraño a mi mamá —dije sin pensarlo.

Nos quedamos en silencio un rato largo. Sentía que los dos estábamos pensando lo mismo.

—Ya no solo nos unen los libros —dijo el Escritor—. Ahora también nos une la ausencia.



TERCERA PARTE

Unos tigres



Mi mamá había muerto.

Yo no me acordaba de nada. Había pasado cuando era muy chico.

Igual la extrañaba. Papá tenía algunas fotos. A veces, me las mostraba. Al principio, yo le pedía que me dejara verlas, pero después entendí que le dolía y no se lo pedí más.

Esa tarde, cuando salía del departamento del Escritor, me di cuenta de que a los tres nos unía la ausencia: al Escritor, a papá, a mí.

Ausencia. Jamás había dicho esa palabra.

Era linda y dolorosa.

¿Cómo algo podía ser lindo y doloroso?

No sabía.

Pero ausencia era una palabra linda.

Y era dolorosa.

Un día, mi papá me llevó al cementerio.

—Es acá —me dijo.

Yo no entendía.

Mi papá hizo un esfuerzo.

—Cuando te morís... —pero no pudo seguir. Era como si las palabras nunca llegaran a amigarse: peleaban en su cabeza, como me pasaba a mí. Y por eso, papá no podía decir lo que sentía.

Dejamos unas flores. Lloré. Mamá estaba en un lugar feo.

Mamá solo tenía unas flores muertas.

Mamá estaba sola.

Mamá. Mi mamá.

Había perdido el amarillo.

Me di cuenta en la hora de Lengua, cuando abrí la cartuchera para buscar un lápiz.

En lugar de seis, ahora tenía cinco.

Me desesperé. La señorita se acercó.

—¿Qué pasa, Lázaro?

Le expliqué que me faltaba un lápiz.

—Tenés los otros —me dijo.

—Pero necesito el amarillo. Lo único que ve es el amarillo.

—¿Amarillo? ¿Quién solo ve el amarillo?

—El Escritor... no ve ningún otro color. Y me robaron el amarillo.

—Vamos a ver si en el cajón tengo alguno.

La seguí hasta su escritorio. Abrió el cajón y buscó.

—El naranja es parecido —dijo mientras me daba un lápiz.

Lo agarré, pero tenía que ser amarillo.

Cuando volví a mi escritorio, había un lápiz.

No era el que había perdido, pero era amarillo.

Miré para adelante y para atrás.

Todos estaban concentrados en hacer la tarea.

Un lápiz amarillo. Y era para mí.

Esa tarde, dibujé un tigre.

Lo pinté con el lápiz amarillo. Parecía un sol.

—Está muy bien —dijo mi papá.

Me pareció que no entendía qué era. Se lo dije.

—¿Un tigre amarillo? ¿No tenías naranja?

Tuve que explicarle.

—¿Y se lo vas a llevar de regalo?

No contesté. No estaba seguro. Lo había hecho para el Escritor, pero me daba vergüenza regalárselo.

—Mañana te acompaño —dijo papá, que a veces se daba cuenta de todo.

—Pase, don Francisco —dijo Fanny.

—Gracias, señora Fanny, pero tengo que hacer.

Era mentira. Hacía unos días que no salía nada de trabajo. Mi papá no me lo decía, pero estaba preocupado: a la noche no dormía, y yo tampoco. Sus ojos abiertos no ayudaban a cerrar los míos.

—Lázaro hizo algo para el señor.

Le mostré el dibujo.

—Pero el señor no puede ver...

—A veces, el amarillo... —expliqué.

—¿Por eso es tan amarillo?

—Por eso, para que lo vea, cuando pueda.

—Y además es un tigre —dijo Fanny—. Al señor le encantan los tigres. Hasta les dedicó un libro. Se va a poner muy contento.

Mi papá se despidió. Fanny me acompañó a la biblioteca. Ahí estaba el Escritor, descansando, con Beppo a sus pies.

—Beppo me prometió que hoy va a dejar que lo acaricie, Lázaro.

Me agaché al lado del gato. Era gordo y grande. Parecía que estaba de mal humor.

Estiré la mano para tocarlo, pero él fue más rápido. Me rasguñó.

—¿Duele? —me preguntó el Escritor.

—Apenas.

Tenía tres líneas rojas en la mano. No sangraban.

—Pruebe de nuevo.

—Pero...

—Beppo no rasguña dos veces.

Intenté de nuevo. Beppo estiró la pata, pero esta vez fue para jugar con mi mano.

—Es verdad —dije.

—Solo miento cuando escribo —me contestó.

Acaricié al gato.

—¿Por qué se hizo escritor? —pregunté.

—Por lo mismo que me hice lector: por cobardía.

—Yo no soy valiente. —Quise agregar que ni siquiera me animaba a hablarle a la gente, pero

no pude.

El Escritor respiró hondo. Se quedó así, con los ojos mirando hacia la ventana, como si de pronto pudiese ver.

—Mi abuelo —empezó— era general. Pero en la guerra, las cosas no siempre van bien, y un día, comprendió que estaba en problemas: la mayoría de sus hombres habían muerto, los caballos estaban exhaustos, casi no tenían comida y nada de pólvora. Era el final: o morían de hambre o los mataban como a ratas.

—¿Y qué hizo?

—Lo que yo nunca hubiese hecho: se envolvió en un poncho blanco, subió a su caballo y se dirigió hacia las líneas enemigas. Sin furia. Solo trotó hasta su muerte. Eso, querido Lázaro, es el valor. En cambio, acá me ve: yo me escondí toda la vida atrás de los libros y de a poco me fui olvidando del mundo hasta que me quedé solo. A veces, siento que la muerte se olvidó de mí. Tengo ochenta y cinco años. ¿No le parece que he vivido demasiado?

No supe qué decir.

—Usted, Lázaro, que ha vivido tan poco, no se da cuenta. Pero ochenta y cinco años y ni un solo acto de valentía... ¿Sabía que mi madre y mi hermana estuvieron presas? Una injusticia: solo reclamaban lo que correspondía. Soportaron esos días de encierro con tanta valentía... En cambio, yo... yo seguía acá, solo, entre mis libros, sufriendo, claro, pero sin el coraje para reclamar, para ocupar su lugar, para hacer algo por ellas. Cambiaría todos los reconocimientos, todos mis libros, los leídos y los escritos, por eso: un poco de coraje para rescribir mi historia.

—Pero ahora es tarde...

—Sí, Lázaro. A veces, es tarde para la vida.

Después, me pidió que siguiera leyendo.

En *La isla del tesoro*, el intendente Trelawney reunía a un grupo de marineros para la misión. El capitán no me caía bien: a todo decía que no, discutía y se enojaba. En cambio, el cocinero, John Silver, se convirtió enseguida en mi amigo. Me daba lástima que le faltara una pierna, pero me gustaba que tuviese un loro. Además, trataba bien a Jim. Era como si me tratase bien a mí también.

En el capítulo diez, ya estábamos en el mar. Yo nunca lo había visto, pero mientras leía, estuve ahí: el olor, el viento, el color, las olas y un cielo muy lejano que algún día iba a ser mío. Todo era nuevo, y fascinante, y aterrador. Igual que la ciudad, solo que no había calles, ni personas.

Solo agua y nada más.

Al final, antes de irme, quise darle el dibujo. No sabía qué decir, cómo explicar. Y a pesar de eso, tampoco quería que viniese Fanny y le contase ella.

—Yo... —dije y me trabé, como me pasaba siempre. Pensaba que el Escritor iba a intentar completar la frase. Pero no lo hizo. Esperó sonriendo: les dio tiempo a mis palabras para que se pusieran de acuerdo—. Yo le hice un dibujo, señor. Un dibujo de un tigre bien amarillo.

Se lo mostré. Apenas movió la cabeza. Para un lado. Para otro. Y de pronto, su sonrisa se hizo más grande.

—Es hermoso —dijo.

No mentía.

—Usted tiene talento. Lo sé, porque mi hermana es artista plástica, dibujante y pintora. Hace unas ilustraciones muy bellas. Por eso sé que usted tiene una gran capacidad, Lázaro.

Dejé el dibujo sobre la mesa. El Escritor puso su mano arriba. Pasó los dedos muy despacio.

—Es hermoso —repitió—. Hermoso.

Eso me puso contento, pero no como cuando me iba bien en una prueba o papá me compraba caritas sucias. Era una felicidad que me daba ganas de hablar, de sacar más palabras de mi cabeza y que esas palabras fueran como un abrazo.

Fanny se asomó a la puerta. Mi papá había venido a buscarme.

—¿No es bello, Fanny? —dijo el Escritor mostrándole mi dibujo.

—Sí que es bello, señor. Muy hermoso —contestó, y me apretó los hombros.

Todos sonreían. Yo también, aunque no sabía por qué.

Y me di cuenta de que es lindo sonreír cuando uno no sabe por qué.

Había un papelito doblado arriba de mi cuaderno.

“¿Te sirvió el lápiz amarillo?”.

No sabía quién había escrito la nota. Y quería descubrirlo.

Tenía que ser uno de mis compañeros. ¿Pero cuál?

Yo no hablaba con ninguno. Cuando salía al recreo, me quedaba siempre en el mismo lugar.

Ni al baño iba. Me aguantaba, me aguantaba, me aguantaba hasta que llegaba a la pensión.

—¿Alguien te molestó, Lázaro? —me preguntaba la maestra.

Siempre negaba con la cabeza. No sabía cómo contarle.

Que no, que nadie me había hecho nada.

Que no, que en realidad me cuesta hablar.

Que no, que las palabras no me salen.

Que no, que me gusta leer, que me gusta dibujar, que me gustaría escribir.

Que no, que mi mamá se murió cuando era chiquito.

Que no, que no, que no.

Pero no me salía nada.

Nada de nada.

Cuando estaba por ir al recreo, se me acercó ella: Catalina. La de los ojos chinitos y el pelo negro siempre atado, pero que se desataba en el recreo, hasta que la maestra la retaba. La que hablaba con todos, se peleaba con los varones y se sentaba atrás mío.

—¿Te sirvió el lápiz que te dejé? —me dijo.

Traté de contestarle, pero no pude. Hice un esfuerzo. Parecía un tonto ahí parado.

Catalina se quedó al lado mío, apoyada contra la pared. La miré de costadito. Se rio.

—¿No sabés hablar? —me dijo—. ¿Te comieron la lengua los ratones?

¿Por qué lo dijo? ¿Por qué? Te comieron la lengua los ratones, te comieron la lengua los ratones, te comieron la lengua los ratones... siempre lo mismo. Pero no, nadie me comió la lengua: es que no puedo hablar. No me sale.

Catalina se quedó un rato esperando que dijera algo, hasta que una amiga la llamó.

—Chau, Lázaro. Me tengo que ir —dijo.

Chau, Catalina. Y gracias por el amarillo, me vino muy bien, pude pintarle un tigre al Escritor, que estaba contento y yo también, pensé, pero nunca lo dije.

Quise, pero no pude.

La señora Fanny había ido a ver a papá a la mañana, mientras yo estaba en el colegio.

—El Escritor quiere verte más temprano. Hací la tarea que te llevo.

Cuando llegamos al edificio, el Escritor estaba en la puerta, agarrado del brazo de Fanny.

—Si nos deja —le dijo a mi papá— hoy salimos a pasear.

Fanny me pasó *La isla del tesoro*. El Escritor dijo que a donde sea que fuésemos, el libro tenía que venir con nosotros.

Enseguida, Fanny paró un taxi, ayudó al Escritor a subir. Yo me senté al lado.

—¿Fanny no viene? —pregunté.

—No, Lázaro. Ella usa el tiempo de nuestras lecturas para hacer sus cosas y nosotros, las nuestras.

El Escritor le indicó una dirección al taxista. Dimos vueltas durante unos minutos hasta que paramos en una esquina: era el zoológico de la ciudad.

—Quiero ver los tigres. —El Escritor había puesto una mano sobre mi hombro—. Hace tiempo que no vengo; un dibujo de un amigo hizo que los recordara.

Llevé al Escritor hasta la boletería.

—Usted no paga, maestro —dijo el hombre del otro lado de la reja.

El portero nos dejó pasar con una sonrisa.

—Hay patos que caminan por todos lados.

—Es verdad. Me había olvidado de que algunos animales andan sueltos, Lázaro. Pero no los tigres, ¿eh? Así que no tenga miedo.

Me pidió que le contara qué veía: las jirafas tan largas que parecían que se iban a romper; dos hipopótamos que flotaban en el agua fría; un oso que no daba miedo. El Escritor me explicó que las casas en las que dormían los animales eran iguales a las de sus países de origen.

Yo no podía dejar de sonreír, de asombrarme, de mirar. Era el lugar más lindo que había visto.

Al final, llegamos a la jaula de los tigres.

—¿Puede verlos? —le pregunté al Escritor.

—Sí. Apenas, pero puedo.

El Escritor se apoyó sobre su bastón. Estuvo un largo rato mirando.

Esta vez fui yo el que pidió que me contara qué veía.

—Una mancha de luz que se mueve. Una mancha de luz muy amarilla que aparece y desaparece. Aunque no sé si la imagino o realmente está ahí.

—Son dos —dije apenas.

—Sí, claro: dos luces que pelean o se aman. Si es lo último que voy a ver, creo que está muy bien, ¿no le parece, Lázaro?

—¿No pueden hacer algo para que vuelva a ver?

—Ya no, Lázaro. Pasé por demasiadas operaciones como para volver a probar. Mi padre también se quedó ciego, ¿sabía? De a poco, como yo. Nunca nos hizo notar el dolor que le causaba. Cuando pienso en él, no estoy seguro de que estuviese ciego: era como si mirara siempre con fijeza, como si no quisiera entregarse. No era un guerrero, pero era valiente a su modo.

El Escritor siguió mirando los tigres.

—¿Su papá también venía al zoológico a ver los tigres?

—No. Era un hombre bueno, siempre justo. Jamás quiso que nos preocupáramos por él. También escribía y llegó a publicar un libro. Yo lo ayudé a revisarlo, pero creo que lo arruiné.

—El señor que nos recibió le dijo maestro.

—Vaya a saber de dónde me conoce.

—¿Usted es un maestro?

—He escrito algunos libros que tal vez no sean malos. He dado conferencias sobre temas que a nadie importan. ¿Eso me hace un maestro?

—No sé.

—Bueno, creo que esa respuesta sí podría hacerlo a usted un maestro, Lázaro: no saber es siempre mejor que saberlo todo.

Buscamos un banco donde sentarnos. Encontré uno alejado, debajo de un árbol. Cerca, había una jaula enorme con muchos pájaros, pero ninguno cantaba.

—Lea —me dijo el Escritor.

Y yo leí.

¡Estábamos en peligro! Jim escuchaba sin querer una conversación entre los marineros; descubriría que el capitán que tan mal me caía, en realidad tenía razón: parte de los marineros eran antiguos piratas y estaban ahí porque querían apoderarse del tesoro. Me angustié: estábamos en el mar, sin nadie que pudiera ayudarnos y éramos muy pocos. ¿Cómo enfrentar a esos piratas que ya habían matado a tanta gente?

Me di cuenta de que no solo ellos estaban acorralados: también nosotros. El Escritor porque era ciego y eso lo alejaba de sus libros. Yo porque vivía solo con papá y me costaba mucho hablar.

Cuando terminé de leer, el Escritor dijo:

—Ningún hombre es una isla.

Y yo lo entendí. Lo entendí porque pensábamos lo mismo: que estábamos solos, encerrados, sin poder salir, con apenas una ventana por la que a veces ni entraba el sol.

—Ningún hombre es una isla —repitió el Escritor—. Cada hombre es parte de un continente. No lo digo yo. Lo dijo otro viejo poeta, bastante olvidado.

—¿Y es cierto?

—No sé. Estaría bien que sea cierto. Pero no sé.

Cuando llegamos a la casa del Escritor, Fanny me dijo:

—Pasado mañana sale de viaje. Por unas semanas vas a poder descansar, Lázaro.

Me dio lástima, pero no dije nada. Quería pedirle que me prestara el libro, pero no me animé.

Hice otra cosa, más fácil que hablar: no lo devolví. Me lo llevé conmigo.

—¿Te lo prestó? —me preguntó mi papá. No le contesté—. Vas a tener que leérmelo.

Le dije que podía leerlo él.

Me contestó que no, que prefería que yo se lo leyera, que leía muy bien.

—Mucho mejor que tu papá —dijo.

Yo nunca había visto a mi papá leer.

Jamás.

Esa noche hacía mucho frío. Sentado frente a la mesa, empecé otra vez a leer en voz alta *La isla del tesoro*, ahora para mi papá. Cuando llegó la hora de dormir, cerré con cuidado el libro y me quedé mirando la tapa.

Me fui a mi cama. Papá apagó la luz.

—Vas a tener que devolverlo, hijo —me dijo en la oscuridad. Y después aclaró—: No es tuyo.

Me puse a llorar.

—Quería leer. Nada más que leer. Se lo iba a devolver.

—Hay cosas que están bien y cosas que están mal. —La voz de mi papá era como la de un fantasma—. Pero esto no está ni bien ni mal, hijo. Es que no hay que hacerlo nomás.

Cuando dejé de llorar, le pregunté:

—¿Y no me va a llamar otra vez? ¿No voy a ir a leer más?

Mi papá no me contestó.

Me sentí solo en la noche.

Solo en el frío.

No sabía qué hora era.

No sabía cuánto había dormido.

Por la ventana, entraba apenas un poco de luz, pero todavía era de noche. De la boca me salía una nube de vapor. Estaba temblando.

—Papá... —dije apenas—. Papá...

Papá se movió en la cama.

—Tengo frío —le susurré. Mi nariz estaba congelada.

Papá se levantó. Puso su frazada arriba de la mía. Tenía su olor y eso me gustó.

—¿Y vos? —pregunté.

—Dormí, Lázaro. Mañana hay que ir a la escuela. Mirá que ni con el frío te salvás.

De a poco, mi cama se fue calentando, pero la nariz siguió fría: no podía esconderla debajo de las frazadas y me gustaba que estuviera ahí, cerca del olor de papá.

Antes de quedarme dormido otra vez, vi a papá sentado en su cama, mirando la luz que entraba por la ventana.

Tenía los ojos muy abiertos. Me imaginé que estaba ciego, que él tampoco veía, que era igual que el Escritor: quería, pero no podía ver lo que tenía delante, lo que le pasaba. Y eso lo ponía triste.

En la escuela, no paraba de estornudar. Mi papá me había dado un pañuelo de tela. Ya no encontraba más huequitos donde meter la nariz.

—Tomaste frío, Lázaro —me dijo la maestra.

Cuando salí al recreo, la señorita me pidió que la acompañara a la sala de maestros. Me dio un té con miel y limón. No era rico, pero como dijo que hacía bien, lo tomé. Me pidió que la esperara ahí, que iba a ver qué hacían mis compañeros en el patio. Al rato, se asomó Catalina.

—Hola —me dijo—. Tenés la nariz colorada como un payaso.

Me reí, aunque los payasos me asustaban. Era como si el resfrío se hubiese llevado parte de mi timidez.

—Hola —le respondí.

Catalina se sentó al lado mío. Tenía un libro en la mano.

—¿Vas a contarme si te sirvió el lápiz amarillo?

—Sí, me sirvió.

—¿Y no me vas a decir nada más?

—Gracias.

—Hay que dar las gracias siempre —dijo Catalina.

Nos quedamos en silencio. Esta vez no me molestó: había podido hablar, decirle algo. Darle las gracias. No me sentía un tonto.

—Para mi cumpleaños, mi tía me llevó a la librería y me dejó elegir un libro. Mirá el que me compré.

Me pasó el libro. Tenía tapa amarilla y se llamaba *Mujercitas*.

—Me cuesta leer. Me trabo un poco. Dicen que tengo algo, no me acuerdo cómo se llama, que me hace confundir las palabras. Vos lees muy bien.

Abrí el libro. De adentro, salió un olor distinto, que jamás había sentido. Fue raro, porque estaba resfriado, pero pude disfrutarlo igual.

—¿No me lo lees? —me pidió Catalina.

—Estoy resfriado —dije.

—No importa. La voz te sale rara, como si fueras más grande. Voy a pensar que me está leyendo mi papá.

—¿Te lee tu papá?

—Nunca. Pero me gustaría.

Abrí el libro y empecé a leer. Cada tanto tenía que parar. Me sonaba la nariz y seguía.

Un rato después llegó la maestra.

—¡Catalina! Hace rato terminó el recreo. No estabas en el aula y me preocupé.

Estaba enojada, pero Catalina sonrió y le dijo:

—Lázaro me está leyendo mi libro, señorita.

Recién entonces, la maestra se dio cuenta.

—Eso está muy bien —dijo—. Te dejo un rato más acá, entonces.

Seguimos leyendo. Catalina me interrumpió:

—No es que mi papá no me lee. Mi papá se fue cuando yo era bebé. Nos abandonó.

—¿Abandonó?

—Nos dejó, dice mi mamá. Por eso vivimos en la casa de mis abuelos. Así, mientras mamá trabaja, yo estoy con ellos.

—¿Y ellos no te leen?

—No. Nadie me lee.

—Yo sí.

—Bueno, ahora me lees vos.

No supe qué decir. Seguí leyendo. Catalina miraba el libro y me miraba a mí. Miraba mi boca, que iba armando palabras.

—Qué lindo lees.

Me di cuenta de que eso era lo más importante que tenía. Era como si yo fuese una isla. El tesoro era que leía bien. Yo no sabía quién lo había puesto ahí. Pero estaba y me ponía contento.

Después de la merienda, papá me dijo que estaba muy colorado. Me puso la mano en la frente, parecía que tenía fiebre.

Todavía le quedaba un trabajo para terminar el día. Me llevó hasta la cama y me tapó con las frazadas antes de salir. Afuera empezó a llover.

Papá volvió tarde. Estaba empapado. Envuelta en la campera, traía una estufa de esas que tienen dos cañitos que se ponen rojos.

—La conseguí en un lugar que venden cosas viejas —me dijo. También me contó que la había envuelto en la campera para que no se mojara, pero además para poder entrarla a la pensión.

—Gasta mucha electricidad. No quieren que la usemos.

Le pregunté por qué.

—No sé, Lázaro. Las cosas son así.

A la noche, me subió la fiebre. Sentía mucho calor y mucho frío, todo al mismo tiempo. Le dije a mi papá que era por la estufa, pero me contestó que no, que era la fiebre.

Papá estaba preocupado. Mojó un repasador y me lo puso en la frente, me pidió que lo esperara. Salió y volvió con un jarabe. Tenía un gusto raro, pero no era feo.

—Me lo dio la señora de acá al lado, la que siempre pelea con el marido.

Afuera seguía lloviendo. Mi papá se había sentado en la cama, con la mano en mi rodilla.

—¿Me lees, papá? —le pedí.

—Mejor dormí y mañana me lees vos a mí, ¿te parece?

—¿Hablaste con la señora Fanny?

—Todavía no. Cuando estés mejor, vamos los dos.

—Se va a enojar.

—No se va a enojar, Lázaro. Le explicamos.

Le pedí que me pasara el libro.

—Mejor no leas —me dijo.

Pero no quería leer, solo tenerlo cerca. No sabía qué iba a decir Fanny. Si se enojaba, no iba a volver a ver ni al libro ni al Escritor.

Papá se quedó dormido así, con la mano en mis rodillas. Parecía un gigante de barba negra.

Los rayos iluminaban cada tanto nuestro cuarto. Cuando se iban, quedaban los cañitos de la estufa brillando, como los ojos de un monstruo bueno.

Puse el libro abajo de la frazada. Lo abracé bien fuerte mientras sentía su olor. Era distinto al

del libro de Catalina, pero también me gustaba. Pensé que ese era el perfume de las historias, un olor suave que no quería dejar de sentir.

—Señora Fanny, queríamos devolverle esto. Lázaro se lo llevó por error la otra vez. No queremos que piense mal.

Era mediodía. Mi papá me había ido a buscar a la escuela y después habíamos pasado por lo del Escritor para devolver el libro.

—¿Por error? —dijo Fanny—. No, no, no. El señor me dijo que se lo había prestado. Quería que Lázaro lo tuviese, así podía practicar mientras él no estaba.

Yo sabía que no era verdad, pero me dio alegría saber que podía tenerlo un tiempo más.

—El señor está muy contento con Lázaro. Se la pasa hablando de él.

Nos dijo que volvía en unos días y que quería que fuera a leerle.

—Parece que te trae un regalito —dijo la señora Fanny.

Papá le contó que yo había estado enfermo. Fanny nos dio dos bolsas con frutas y verduras. Mi papá le dijo que no era necesario. Yo sabía que no le gustaba que le regalaran comida.

—Cuando el señor no está, siempre compro de más. No sé calcular. Llévelo, por favor. Sería un pecado que se echaran a perder.

En casa, mi papá me dio una manzana y él se comió otra.

—Hacía mucho que no probaba una —me dijo.



CUARTA PARTE

Un libro



El Escritor volvió. Cuando fui a verlo, estaba sentado en el sillón de siempre. Beppo descansaba sobre sus rodillas. Al verme, saltó y vino a restregarse contra mis piernas.

El Escritor estaba con un hombre muy flaco, sentado sobre el apoyabrazos del sillón. Ambos parecían mirar hacia afuera. Los dos tenían los ojos muy claros. Me pareció que el hombre también estaba ciego.

El Escritor dijo algo, el hombre contestó y se rieron.

Disfrutaban estar juntos.

Disfrutaban reírse.

—Bienvenido otra vez, Lázaro. Ya lo extrañaba —dijo el Escritor.

El hombre que estaba junto a él se acomodó el saco y se me acercó. Me mostró la mano, que era huesuda. Su cara parecía triste y me daba un poco de miedo.

Le puse el libro en la mano. El hombre me miró. Me di cuenta de que, en realidad, quería saludarme.

—Perdón —dije—. Pensé que quería el libro.

Leyó el título, sonrió y le habló al Escritor.

—*La isla del tesoro*.

—Un hermoso libro. Lo estamos leyendo de nuevo, ¿podés creer, Adolfito?

—A ningún escritor le interesan estas historias hoy. Es una lástima.

—Ya nadie quiere ser un héroe, ¿no te parece?

—Y menos nosotros. En todo caso, a esta edad.

—Los años pasan, Adolfito. Es un lugar común; por eso es cierto.

El hombre volvió a mirarme.

—¿Le molesta si lo escucho leer?

Me devolvió el libro y se sentó de nuevo en el apoyabrazos. Me di cuenta de que era distinto al Escritor, pero al mismo tiempo, parecido.

Leí.

Habíamos llegado a la isla; todo se puso más peligroso. Los piratas habían matado gente y nosotros nos quedamos en el barco. Con Jim bajamos a la isla, nos escondimos, vimos cómo John Silver asustaba a un marinero, se enojaba, lo daba por muerto. También conocimos a Ben Gunn, un pirata a quienes sus compañeros habían abandonado hacía mucho tiempo en la isla. Estaba loco de soledad. Los capítulos se llenaron de hombres malos y hombres buenos.

El amigo del Escritor había cerrado los ojos, como si también quisiera estar ciego. Cuando terminé el capítulo, los abrió, miró al Escritor. Me di cuenta de que quería decirle muchas cosas, pero las palabras se quedaban en algún lugar: no podía sacarlas, como me pasaba a mí.

—Creo que ya es hora, Adolfito —dijo el Escritor.

El hombre se puso de pie. Se dieron la mano.

—Fuiste un buen amigo —dijo el hombre.

—No cometamos el error de la melancolía —respondió el Escritor.

El hombre se secó las lágrimas. Sabía que el Escritor no lo veía llorar, por eso lo hacía. Se había olvidado de mí.

Cuando pasó al lado mío, me puso una mano en el hombro.

—Lee usted muy bien, Lázaro. Y nuestro amigo aprecia eso. ¿Le pido un favor? No lo deje. Usted que puede, esté con él hasta el final.

Cuando se fue, el Escritor me preguntó si sabía quién era.

Le dije que no.

—Es uno de los mayores escritores que tiene este país, aunque pocos se den cuenta. Juntos, imaginamos muchos libros, muchísimos. Así como nos vio reír, reímos miles de veces. En momentos difíciles de mi vida, Adolfito estuvo ahí. ¿Se acuerda de que el otro día le hablé de mis operaciones? Él me acompañaba siempre, me llevaba y me traía. A veces, hablaba con los médicos a mis espaldas y hasta se complotaba con madre. Todas las noches iba a comer a su casa y al terminar la cena, ahí nos quedábamos, escribiendo durante horas, riendo, criticando a nuestros conocidos, cosa que nos encantaba, hablando de literatura...

—¿Es su mejor amigo?

—Hacía tiempo que no escuchaba esa expresión... mejor amigo... Sí, claro. Adolfito es mi mejor amigo.

—Parece triste.

—Somo viejos, Lázaro. Y no sabemos si vamos a volver a vernos. Adolfito es unos años más joven que yo, así que todavía tiene tiempo. Pero eso no impide que tenga miedo a la muerte. En cambio, yo ya he vivido. Hasta demasiado, le diría.

Se hizo un silencio.

—El libro... —le dije devolviéndoselo.

El Escritor lo tomó entre sus manos.

—Lo ha cuidado muy bien. Se lo agradezco.

—Perdóneme.

—¿Por amar un libro? No hay perdón para esas cosas, Lázaro. Además, yo sé que quería pedírmelo. Pero no le salieron las palabras, ¿es eso?

—Sí.

—Lo entiendo. Durante mucho tiempo, no pude decir una palabra en público. Cuando me invitaban a hablar, escribía y le pedía a otro que lo leyera. Una descortesía, pero era superior a mí. Hasta que un día, me echaron de mi trabajo en la biblioteca, ¿lo puede creer? Entonces, todavía veía. Después volvería a trabajar en una biblioteca, ya ciego. ¿Sabe lo que es una ironía?

—No.

—En mi caso, es querer algo y, cuando se lo tiene, no poder aprovecharlo.

—Como tener frío, pero cuando te regalan una frazada, que ya sea verano.

—Exacto. ¿Usted pasa frío, Lázaro?

—Antes. Cuando no teníamos la estufa.

—Qué bueno que ya no pasen frío. Pasar frío no está bien. Pero me gusta el frío porque estudié en Europa. Caminaba mucho. Una vez, hasta me enamoré de una mujer que vi al pasar, cerca de un lago. ¿Usted se enamoró?

—No.

—Claro, es muy joven aún. Pero le estaba contando otra cosa. Le decía que un día me quedé sin trabajo. Me dije que bueno, ya estaba: iba a morir de hambre. Pero Adolfito me aseguró que podía dar conferencias. Acepté algunas. Para la primera pasé más de un mes preparando mis apuntes. No salió bien, aunque la gente no estaba disconforme. La segunda era una semana después: ya no tenía tiempo. Fui pensando que sería la última. Pero no fue así: las palabras salieron ordenadas, despacio, pero claras. Recorrí el mundo dando conferencias mediocres, pero que a la gente parecen gustarle. Por eso puedo entenderlo: usted quería pedirme el libro, pero no pudo. Y también me di cuenta de otra cosa: usted necesita un amigo que le diga que puede hacerlo. Que lo empuje. ¿Si estoy enojado con usted por lo del libro? Claro que no. Estoy enojado conmigo por no haber sido ese amigo.

Me preguntó si había terminado el libro solo, en casa.

—Volví a leer los primeros capítulos. No quise adelantarme.

—¿Por qué?

—No sé.

—¿Porque somos amigos y quiere leerlo conmigo?

Jamás había pensado que el Escritor y yo podíamos ser amigos. Éramos muy distintos. Yo era pobre. Yo no tenía libros. Yo vivía en un cuartito chiquito. Yo no podía hablar. Pero yo leía y el Escritor, escuchaba. ¿Eso nos hacía amigos?

Fanny vino a avisarnos que mi papá me esperaba.

Cuando estaba por salir, el Escritor me dijo:

—Yo creo que usted puede hacerlo, Lázaro. Inténtelo. Por favor.

En la puerta, Fanny me dio un paquete.

—Esto te trajo el señor de su viaje, Lázaro.

Quise preguntarle qué era, pero no pude.

No parecía un libro. Yo quería un libro, pero no era.

Cuando llegamos a la pensión, con papá abrimos el regalo.

—Es un ajedrez —dijo mi papá.

Las piezas eran blancas y negras. Había reyes, reinas, soldados, caballos y torres. Nunca había tenido algo tan valioso.

—¿Sabés cómo se juega, papá?

—No tengo idea, Lázaro. En la plaza, siempre se juntan unos viejos a jugar.

Había un cuadernito con instrucciones. Se lo pasé a papá.

—No —dijo—. Yo soy un cabeza dura. No voy a entender nada. Por ahí si le preguntás a la maestra, ella sabe.

A la mañana siguiente, llevé el ajedrez al colegio. Se lo mostré a la señorita, pero ella tampoco sabía jugar.

—Esperá —me dijo.

Salió del aula y al rato volvió. La acompañaba el profesor de Música.

—¡Qué tablero más hermoso! ¿Quién te lo regaló?

Le dije que me lo había traído el Escritor. La señorita le dijo el nombre.

—¿De verdad lo conocés? No puedo creerlo, Lázaro. Es uno de los escritores más importantes del mundo, ¿sabías? Ganó muchos premios. Es fascinante que puedas leerle a alguien así.

—Somos amigos —dije. No sabía si era verdad, pero me salió así.

El profesor me contó que al día siguiente tenía una hora libre y que, si la maestra me dejaba, me podía enseñar a jugar, que él hablaba con la directora, que el ajedrez era un juego-ciencia.

El profesor de Música era flaco, de rulos y tocaba muy bien el piano del salón de actos. También hablaba mucho.

—Yo lo dejo —sonrió la señorita—. Pero con la condición de que, cuando aprenda, le enseñe a los demás.

—Eso estaría muy bien —dijo el profesor.

Al otro día, el profesor vino a buscarme. Antes de salir, la señorita les explicó a mis compañeros que la directora me había dado permiso.

—Y cuando sepa bien, les va a enseñar a ustedes —les dijo.

Me dio vergüenza y bajé la vista.

—¿Qué querés agregar, Catalina?

Catalina había levantado la mano.

—Yo quiero ser la primera a la que le enseñe.

Mis compañeros se rieron. Uno dijo que éramos novios. La señorita lo hizo callar. Le dijo que sí, que iba a ser la primera, porque era mi mejor amiga.

Me dio un poco de vergüenza, pero me puse contento. De pronto, tenía dos amigos nuevos.

—Papá, ¿vos tenés un mejor amigo?

—Sí, Lázaro. Pero hace mucho que no lo veo. Quedó en el monte cuando yo me vine.

—¿Y por qué no le escribís?

—No sé la dirección.

Caminábamos por la calle, volviendo de un trabajo. La caja de herramientas iba en el medio, como siempre. Mi papá levantó la cabeza para mirar el cielo. Le gustaba ver las ramas de los árboles y atrás, las nubes y ese celeste oscuro del invierno.

—¿Lo extrañas a tu amigo?

—Sí que lo extraño. Cuando éramos chicos, cazábamos pajaritos. Los metíamos en unas jaulas que hacíamos con ramas que encontrábamos en el monte. Mi abuelo nos enseñó a cuidarlos y teníamos muchos, un montón. A la mañana cantaban todos juntos.

Caminamos un poco más.

—Acá los pájaros están tristes, Lázaro. Casi no cantan, ¿viste?

Le dije que me hubiese gustado escucharlos.

—Algún día —me respondió.

Algún día.

—Y el rey se mueve para todos lados, pero de a un casillero por vez. ¿Entendés?

Dije que sí, pero en realidad no entendía.

El profesor me alentó:

—A ver, mové un peón.

Lo moví. El profesor hizo una mueca.

—Solo come para el costado... Pero caminar, camina derecho. Esto no está funcionando, Lázaro.

No entendía, pero quería aprender. ¿Qué le iba a decir al Escritor cuando me preguntara? No sabía por qué, pero estaba seguro de que saber jugar era importante.

—No entiendo —dije—. Me cuesta mucho. Todo me cuesta.

El profesor me miró, se rascó la cabeza.

—No sos vos, Lázaro. Soy yo: no sé cómo explicarte. Te dije todo junto y deberíamos avanzar paso a paso.

—Es culpa mía.

—Estás aprendiendo, Lázaro. Estamos aprendiendo, en realidad. Y cuando uno aprende, no hay culpas. Dejame que piense un poco. Mañana probamos de nuevo, ¿querés?

—No sé si voy a poder.

—A todos nos cuesta, Lázaro. Pensá en tu Escritor. Es ciego, no puede leer y ni siquiera ve lo que escribe. Además, está viejo, pero sigue. Seguro a él también le cuesta. Pero cuando todavía hay una posibilidad, hay que avanzar. Mañana probamos de nuevo. Lo vamos a lograr, vas a ver.

Dije que sí. Guardamos las piezas. Salimos juntos de la sala de Música.

—Gracias —le dije.

—¿Sabés una cosa, Lázaro? No todo el mundo tiene la oportunidad de estar al lado del Escritor. Sos muy chico, pero lo que te está pasando es muy importante y te va a acompañar para toda la vida. Te tocó a vos y eso... está muy bien.

—Gracias —volví a decir, aunque mucho no entendía. Me gustaba que me hablara como si fuera grande.

Por eso dije gracias.

—¿Ya aprendió a jugar al ajedrez, Lázaro? —me dijo el Escritor cuando le agradecí.

—Es difícil.

—Sí, claro. Es un juego que nada tiene que ver con nuestras vidas, ¿se dio cuenta? Porque no hay azar, no hay dados, no hay suerte: usted tiene que mover las piezas y su oponente también: las mismas reglas para todos.

—Pero hay uno que empieza primero —dije.

El Escritor se quedó pensando. Yo me había dado cuenta de que el jugador que empezaba tenía ventaja.

—Escribí un poema sobre el ajedrez. ¿Quiere que se lo recite?

—¿Se lo acuerda de memoria?

—Sí. Desde que quedé ciego, cada vez escribo más poesía. Me resulta sencillo memorizarla, revisarla, corregirla.

—¿Es difícil escribir sin ver las palabras?

—Es como jugar con las negras, Lázaro: siempre con las negras.

El Escritor empezó a recitar su poema.

Cuando mencionaba una pieza, yo me la imaginaba. No conocía muchas de las palabras, pero eso no importaba. No era como leer *La isla del tesoro*; era como una canción de esas que las mamás cantan muy suave para que los bebés se duerman.

El poema terminaba mencionando a Dios. No entendí qué tenía que ver con el ajedrez, pero igual pregunté:

—¿Cree en Dios?

—A veces. ¿Y usted, Lázaro?

Mi papá me había dicho que me habían bautizado porque mi mamá se lo había pedido. Yo no me acordaba. Estaba seguro de que no había vuelto a entrar en una iglesia.

—Yo sí creo —dije.

—Bueno, entonces esta es una de las veces que yo también: hoy creemos los dos, ¿le parece?

Me parecía, así que dije que sí con la cabeza antes de ponerme a leer en voz alta otro capítulo de *La isla del tesoro*.

Esta vez fue distinto: Jim dejó de contar la historia. Ahora, el que hablaba era el doctor Livesey. Junto al capitán, el intendente y algunos marineros fieles escapaban del barco llevándose muchas provisiones. Querían llegar hasta una empalizada para desde ahí defenderse.

Pero eran muy pocos.

—¿Y Jim? —pregunté—. No me gusta que haya desaparecido de la historia.

—¿Le preocupa?

—Me gustaba más antes.

—¿Cuando narraba Jim?

—¿Narraba?

—Contaba. Le gustaba más cuando contaba él. A mí también. ¿Le parecería bien seguir leyendo?

Seguí. Y de pronto, Jim llegó hasta la empalizada y volvió a ser el dueño de la historia.

—Nos reencontramos con nuestro viejo amigo —dijo el Escritor. Sonreía.

Me sorprendió que para él también Jim fuese un amigo. Pensaba que solo lo era para mí, porque también era chico, porque también estaba solo. Pero el libro me unía al Escritor. Éramos muy distintos. No nos parecíamos en nada, solo en Jim.

Solo mi voz leyendo un libro.

Solo mi voz.

Cuando terminé, el Escritor me dijo:

—Si Dios existiese. Si, además, fuese bueno. Si, además, supiese quiénes somos. Si, además, le concediese un deseo, Lázaro, solo uno... ¿cuál sería?

No lo pensé.

—Un libro.

—¿Un libro?

—Quiero tener un libro que sea solo mío.

El Escritor se quedó en silencio, con los ojos muy abiertos, clavados en mí. Estaba seguro de que me veía, como a los tigres, aunque sea como un manchón de color, pero me veía.

—Podría haber deseado una biblioteca, pero solo pidió un libro. ¿Sabe qué me pregunto? Qué libro sería ese, el que usted le pediría a Dios, Lázaro. ¿Qué libro vale tanto como para que le dedique su único deseo? Me gustaría saberlo.

—No sé. Cualquiera. Un libro.

—Es hermoso lo que dice, Lázaro. Yo siempre pensé en una biblioteca, en la vastedad de un laberinto de libros. Pero usted... usted piensa, como Dios, solo en un libro.

Sospeché que me había equivocado. El Escritor tenía razón: ¿por qué había pedido solo uno? Y también pensé en mi papá. ¿Por qué no haber pedido un trabajo, un poco de plata, una casa que sea nuestra?

—Me equivoqué —dije—. Tendría que haber pedido más.

El Escritor negó con la cabeza.

—Un libro. Yo no sé de pureza, Lázaro. Pero ese es un deseo puro. Me ha mostrado mi ambición, y se lo agradezco.

—¿Y usted? ¿Qué pediría?

—Hace un segundo, hubiese pedido lo que cualquiera puede imaginar: volver a ver. Pero usted me ha dado una lección y voy a ser más modesto: yo quisiera escribir ese único libro que usted tanto desea.

Nos quedamos en silencio. El Escritor extendió la mano. Yo me acerqué y sus dedos apenas me tocaron la cara. Se quedaron ahí, quietos. No me molestó. Después, apartó la mano y dijo:

—Disculpe, Lázaro. Quería verlo, nada más. Solo eso, ¿me perdona?

Dije que sí con la cabeza.

Las imágenes del libro me gustaban. Las piezas del ajedrez eran caballeros con espadas y armaduras que luchaban entre sí.

—Encontré esto en la biblioteca, Lázaro —me dijo el profesor de Música—. Es un libro para aprender ajedrez. Tiene algunos ejercicios muy fáciles, así vamos de a poco, ¿te parece?

—No sé si voy a poder.

—Tenemos que intentarlo...

Armamos el tablero, pero esta vez no pusimos todas las piezas, solo tres peones de un lado y tres del otro. Volvió a explicarme cómo se movían, me hizo practicar y después me propuso un juego: peones blancos contra peones negros.

Jugamos cuatro veces, y gané tres.

—Bueno, ahora ya sabés cómo se mueven los peones. En unos días avanzamos con otra figura.

Le dije que sí con la cabeza.

—A mí no me molesta que no hables, Lázaro. Está bien, porque yo lo hago por los dos. Pero a veces hay que hablar. Las palabras son como un caminito, ¿sabés? Un caminito que uno mismo hace para que los demás puedan llegar a nuestro corazón. No hay manera de que el otro entienda lo que nos pasa más que con palabras.

—Eso le gustaría al Escritor.

—¿En serio? No creo, es demasiado simple.

Pensé que me gustaría decírselo, pero no sabía si me iba a animar.



QUINTA PARTE

Un camino



Beppo no estaba.

Siempre daba vueltas a los pies del Escritor, pero esa tarde, cuando llegué, no estaba.

Cuando bajó para abrirme, Fanny me dijo:

—El Escritor está un poco... triste hoy, Lázaro. Si lo ves más callado, no te asustes.

Me pareció que Fanny también estaba triste, pero no me animé a preguntar.

Y entonces, cuando vi al Escritor, y no vi a Beppo, me di cuenta.

—Beppo... —dije. Pero el Escritor no me escuchó.

Me pasó el libro para que siguiéramos leyéndolo.

¿Por qué Jim era así? A veces, me costaba entenderlo. Después de luchar contra los piratas, que atacaron la empalizada donde nos refugiábamos, decidió meterse en problemas. Pero problemas en serio: escapó y fue él solo a buscar la Hispaniola. Quería cortar las amarras para que quedara a la deriva... ¡y lo hizo! Además, subió al barco, luchó contra el único pirata que lo custodiaba, estuvo a punto de ser acuchillado, fue herido y terminó volviendo a la empalizada. Pero donde antes estaban los suyos... ahora se encontró con John Silver y sus piratas.

—A veces, las cosas no salen como uno quiere —dijo el Escritor. Era como si descubriese lo que me pasaba por la cabeza—. Es el problema con el coraje, mi querido Lázaro: vuelve a los hombres tontos y admirables.

—¿Jim está en peligro?

—Siempre lo estuvo. En un momento, Jim dice que no sabe si el cuchillo de uno de los piratas es largo o le parece largo porque está bañado en sangre. ¿Sabe por qué?

Dije que no.

—Porque tiene miedo. Está muy bien que sea valiente, pero es mejor que tenga miedo. Como usted sabe, yo no puedo identificarme en la valentía, pero sí en el temor. Por eso lo quiero a Jim. Y creo que a usted le pasa lo mismo, ¿no es cierto, Lázaro?

Dije que sí: por eso lo queríamos a Jim.

—Es triste —dijo el Escritor—. Cuando llegó, Lázaro, me preguntó por Beppo. Le dediqué un poema, ¿sabe? Unos pocos malos versos, pero se los merecía.

—¿Beppo murió?

El Escritor asintió con la cabeza. Miré hacia sus pies. Estaba descalzo.

—Me gustan los espejos y los laberintos, porque repiten las circunstancias. Las recrean; no las dejan morir. En algunos de mis cuentos, hablé de un tiempo que se repite: lo que pasó vuelve a

pasar. Es un engaño, claro, una falsa eternidad: si tuviésemos otro gato igual a Beppo, no sería Beppo. Sería el otro. Tal vez nos haría felices; pero seguro no sería igual. Beppo era un simple gato y hoy es un completo vacío, ¿no cree?

—Es una ausencia —dije.

—Es otra ausencia que nos une, Lázaro. Algún día no muy lejano yo seré una ausencia para usted. ¿Lo unirá mi ausencia a algún otro, como la de Beppo nos une en este momento?

—No quiero dejar de leerle.

—Eso —dijo— es lo que construirá mi ausencia: que usted ya no pueda separarse de los libros. En todo caso, me parece un gran legado, si es que un pobre hombre como yo puede legar algo. Y en todo caso, también me parece que es usted la mejor persona para recibirlo, Lázaro.

—¿Pensás en mamá?

—Siempre, hijo.

—¿Te acordás cómo era?

—Me olvido, ¿sabés? A veces, junto coraje y miro las fotos. Me pone mal, pero también me ayuda. La veo y me acuerdo cómo era, cómo se movía, cómo hablaba también. Tenía una voz hermosa y cuando cantaba... era igualito a los pájaros en el monte... qué digo... ¡era más lindo!

—¿Y qué te dejó mamá?

—Nada, hijo. Siempre fuimos pobres, ¿qué me va a dejar?

Habíamos tomado matecocido con pan. Mi papá había tenido poco trabajo. Hay que arreglarse, decía. A mí no me molestaba. Estaba acostumbrado y el matecocido, si estaba bien dulce, me gustaba.

Ese día ni para el azúcar teníamos.

Papá dijo que era hora de irnos a dormir. Los del cuarto de al lado hoy no peleaban, así que iba a ser fácil.

Mi papá me miró meterme en la cama mientras lavaba las tazas.

—Tu mamá —me dijo de pronto— sí que me dejó algo: a vos, hijo. Al principio fue difícil, pero acá estamos, ¿no?

—Sí, papá. Estamos juntos. Eso nos dejó mamá: que estemos juntos.

Esa tarde, cuando fui a leerle al Escritor, me esperaba en la puerta del edificio.

—¿Vamos al zoológico? —pregunté.

—No, no. Crucemos la calle. Lléveme hasta una galería que está acá, a mitad de cuadra, ¿puede ser?

Cruzamos con cuidado y caminamos hasta la galería. El Escritor me pidió que buscara el local número dieciocho. Era una librería.

Una mujer y un hombre salieron a recibirnos. Le hablaban en un idioma que yo no entendía, pero el Escritor contestó en el nuestro.

—Hoy no vengo a ver novedades. Traje a Lázaro. Tenemos que elegirle un libro.

Me preguntaron qué me gustaba. Me hablaron de cuentos, de novelas, de aventuras. Yo no sabía qué decirles. Parecían amables.

—Estamos leyendo *La isla del tesoro* —les contó el Escritor—. Creo que podríamos recomendarle algo de Stevenson. Pertenecía a una familia que fabricaba faros, ¿lo sabían? Será por eso que gustaba tanto del mar. Desde la tierra se disfruta más: es enorme, pero no parece que a uno lo vaya a devorar. Antes, me gustaba mucho nadar y con Adolfito pasábamos mucho tiempo en el mar.

Trajeron algunos libros. El Escritor decía algo sobre cada uno. No descartaba ninguno, pero tampoco elegía. Yo no sabía qué hacer.

—*El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde* es un poco oscuro, me parece. Lázaro es luminoso como un faro —comentó en un momento. Después dijo—: *Secuestrado* podría ser, pero no sé si es el tipo de aventura que nos gusta.

Por fin, la mujer dijo que ya lo sabía; trajo un libro grande, con unos dibujos de muchos colores. Se lo dio al Escritor, que lo tocó como si pudiese leerlo con los dedos.

—Es... —empezó a decir el librero, pero el Escritor lo interrumpió.

—*El diablo en la botella*... gran elección.

Nunca supe cómo se había dado cuenta de qué libro era. Los libreros también parecían asombrados.

—Me gustaría que lo envuelvan para regalo.

Lo envolvieron y se lo dieron al Escritor.

—Para usted —dijo, pasándomelo.

Lo agarré. No sabía si abrirlo, si ponerme a leer, si dar las gracias. De tan nervioso, los ojos se

me llenaron de agua.

—Llora —dijo la mujer.

—Es que era su deseo —dijo el Escritor.

Lo abracé como si fuera mi papá, con fuerza, con amor, con ganas de no separarme nunca. El libro quedó entre nosotros. Sentí su corazón latiendo del otro lado, junto al mío: el libro no nos separaba.

El libro nos unía.

Nos mantenía juntos.

Jim estaba con los piratas. Sabían que los había traicionado. Eran sus enemigos. Yo tenía ganas de cerrar los ojos, pero tampoco quería dejar de leer. Y pasó lo que no esperaba: el que lo defendió no fue otro que John Silver. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué permitía que Jim los acompañara en la búsqueda del tesoro?

—Si no se puede ser un héroe, conviene ser un traidor —dijo el Escritor.

Habíamos vuelto a su departamento y leíamos en la biblioteca.

—Prefiero ser un héroe —dije.

—Lo que nunca elegimos es ser lo que somos.

Me quedé pensando. A mí no me gustaba ser lo que era: tímido, pobre, sin mamá. Y al Escritor, que se sentía un cobarde, tampoco.

—Pero sí me gusta leer —dije.

El Escritor movió su bastón, se acercó hacia mí, habló muy despacio.

—Entonces, se puede no ser ni héroe ni traidor.

—Ni cobarde —dije.

—Alguien tendría que haberme dicho esto hace varios años, Lázaro. Hace muchos años, en realidad.

Esa tarde, cuando nos despedimos, se lo dije:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por el libro.

—Ese libro siempre fue suyo, Lázaro. Solo que usted no lo sabía y él, tampoco. Pero ahora están juntos.

Fanny me esperaba en la puerta de la habitación. Me acordé de lo que había dicho el profesor de Música y sin pensarlo, dije:

—Las palabras son un camino.

El Escritor se reclinó en el sillón, con las dos manos sobre el bastón. La nariz parecía oler el viento, como hacen los perros. Pensé que el profesor tenía razón: no le iba a gustar la frase.

Al final, dijo:

—Es una frase simple, pero cierta: las palabras son un camino que lleva a nuestro corazón. ¿Era eso lo que quería decir?

Le dije que sí, que era eso.

—Separando unas palabras de otras, hay unos huecos, Lázaro. Son silencios. Y esos, me parece, también llevan al corazón, aunque de otra manera. Me lo enseñó un amigo, el último que el destino va a regalarme. Me lo enseñó usted. Se lo agradezco.

En nuestra pieza, le mostré el libro a mi papá.

Lo vimos juntos, hoja por hoja, intentando imaginar por los dibujos de qué se trataba.

—Es hermoso —dijo.

—¿Querés leerlo? Te lo presto.

—No, hijo. Es tuyo. Leelo vos y después me contás.

—¿A vos no te gusta leer, papá?

—No sé. Me cuesta, la verdad. Pero me gusta que vos leas.

Me metí en la cama y leí el libro en silencio hasta que papá me dijo que ya estaba bien, que durmiera, que mañana no iba a poder despertarme.

—¿Cómo se llama? —me preguntó mientras yo se lo pasaba para que lo dejara arriba de la mesa.

—*El diablo en la botella*.

—Con ese título, dan ganas de leerlo. Debe ser de miedo, ¿no? —dijo.

Pero lo dejó y se fue a dormir. Estaba muy serio.

En el primer recreo, me acerqué al escritorio de la señorita. Me quedé parado, sin decir nada mientras ella corregía. De pronto, se dio cuenta de que estaba ahí, mirándola. Se asustó un poco y después me preguntó por qué no estaba en el recreo.

—Catalina seguro quiere charlar con vos.

Me hubiese gustado tener un montón de palabras para decírselo, pero usé las de siempre, las mías, las que nunca llegaban a contar lo que de verdad me pasaba, lo que de verdad sentía:

—Mi papá no sabe leer.

La señorita se quedó mirándome.

—¿No sabe leer? ¿O no le gusta?

—No sabe. No quiere decirlo, pero me di cuenta.

—¿Le da vergüenza que sepan?

No dije nada, pero era eso lo que le pasaba: tenía vergüenza.

La señorita se quedó callada. Puse arriba del escritorio el frasco en el que guardaba la plata que había juntado para comprarme el libro.

—¿Puede enseñarle? —pregunté.

—¿Y esto es para...? —dijo señalando el tarro con la lapicera. Se quedó callada, se mordió el labio. No levantaba la vista del frasco.

—Es poco... —dije.

La maestra me contestó:

—No, Lázaro... ¿qué va a ser poco? Es mucho, ¿sabés? Es mucho, mucho.

Lloraba. Yo no quería que llorara, pero lloraba.

—Dejame que vea, ¿dale? De alguna manera lo vamos a solucionar. Y gracias por la plata, pero no es necesario.

No me animé a agarrar el frasco. Ella me lo puso en la mano, me cerró los dedos.

—¿Es la plata que juntás para tu libro?

—Sí, pero ya tengo uno. El Escritor me lo regaló.

—Comprate otro.

—Pero no sé cuál. Hay muchos, y no sé cuál.

—¿Y si le pedís al Escritor que te ayude? ¿No es tu amigo? Los amigos se ayudan. Seguro le va a encantar recomendarte alguno.

La maestra me dijo que iba a hablar con la directora sobre mi papá. Le dije que sí con la

cabeza y cuando me iba, apenas si me salió un gracias bajito.

Me había costado mucho decírselo, pero ahora estaba contento.

Mi papá iba a aprender a leer.

—¿Te mandaste alguna? —dijo mi papá cuando le conté que la maestra quería verlo.

Le dije que no con la cabeza.

—Qué vas a hacer vos si sos más bueno... —sonrió papá—. Seguro es porque no hablás nada, ¿no? Somos así nosotros, nos cuesta. Yo tuve que aprender a la fuerza, por los trabajos, porque si no hablás... tampoco comés, hijo. Ya te va a salir.

Me sentía mal. La maestra iba a hablar con papá para ver si podían enseñarle a leer. Como él nunca me lo había dicho, se iba a enterar en ese momento de que yo lo sabía. ¿Y si se enojaba? Porque si no me lo había contado, por algo era: le daba vergüenza, pensaba la señorita, y tenía razón... Era grande y no sabía leer.

—Papá...

—¿Qué, hijo?

Estaba cambiando la canilla en el patio de un edificio. Me pidió que le pasara una pinza. Se la di. Me había enseñado cuál era cuál y siempre que lo acompañaba, se las iba alcanzando.

—¿Qué ibas a decirme, hijo?

—Nada, papá. Me gusta verte trabajar.

Mi papá sonrió. Era lindo verlo sonreír.

—Vos no sabés leer, papá.

No se lo pregunté: se lo dije nomás.

Mi papá soltó la pinza. Me miró. Después la agarró y siguió trabajando como si nada. Me pidió que fuera a abrir la llave de paso, que estaba a unos metros, escondida entre las plantas. La abrí. Cuando volví, mi papá miraba la canilla. Como goteaba, la ajustó un poco más hasta que quedó bien.

—Ya está —dijo.

Nos fuimos caminando como siempre, con la caja de herramientas en el medio.

—Es verdad, Lázaro. No sé leer —dijo mi papá de repente.

—Podés aprender. Es fácil.

—Siempre fui malo para esas cosas, ¿sabés? Y en el monte, la escuela no era lo más importante. Había que comer. Llegué acá así, todo bruto. Aprendí lo que pude.

Caminamos un rato más.

—¿Por qué no me dijiste?

Mi papá tomó aire, miró el cielo sin pájaros, después el suelo, las baldosas amarillas, las hojas

en el suelo, los papeles.

—Es que vos sos tan inteligente, Lázaro, que me da no sé qué... Tu papá no sabe ni leer y vos lo hacés tan bien...

Se quedó callado. Por una vez, las palabras se alinearon en mi cabeza y dije lo que tenía que decir:

—Yo te quiero, papá.

Mi papá levantó la vista al cielo. Un pajarito chiquito pasó volando. Me lo señaló y después, de pronto, aparecieron otros, muchos, todos juntos, volando como si fueran uno solo y cantando.

Y yo veía el dedo de mi papá, y los pájaros volando, y el cielo que ahora estaba vivo, como en el monte. Y agarré fuerte la muñeca de mi papá, muy fuerte. Y entre ese canto raro de miles de voces, repetí:

—Te quiero así como sos.

Esa noche se lo dije.

—La maestra te llamó porque le conté que no sabías leer.

Papá se enojó. Se enojó mucho. Dijo que no iba a ir, que yo no tenía que contar esas cosas, que iban a pensar que era el hijo de un bruto, de un pobre, de un hombrecito de campo.

—Y, además —me gritó—, además a mí no me da la cabeza, ¿sabés? Soy un animal, no me funciona, no me anda. No hay manera.

No supe qué decirle. Tenía ganas de llorar, pero me aguanté.

Esa noche soñé. Soñé con pájaros. Soñé con un monte que nunca había visto. Soñé con libros. Y por primera vez, soñé también con palabras.

Mientras desayunábamos, papá me dijo:

—Decile a la maestra que no voy a ir, que estoy bien así.

—Pero...

—Decile eso, Lázaro. No voy a ir a pasar vergüenza.

—Papá, por favor...

—¡Qué por favor, Lázaro! ¿No te das cuenta de que somos pobres, de que a nadie le importamos, de que estamos cada vez más solos, vos y yo? ¿No entendés que nadie va a hacer nada por nosotros, que tenemos que cuidarnos como podemos, a los golpes, porque acá es así, todo es golpe, y golpe, y golpe y ni esposa tengo, ni monte, ni pájaros ni nada de nada porque perdí todo, todo? ¿Qué voy a aprender yo, Lázaro, decime qué voy a aprender, si para todos soy un bruto, un negro, te das cuenta? Eso soy para ellos.

No entendía lo que me decía, no entendía por qué me lo decía, no entendía qué tenía que ver todo eso con aprender a leer.

Me escapé: me fui corriendo hacia la escuela sin saludarlo. Tenía miedo, pero a mitad de camino, sentí que no podía. ¿Qué le iba a decir a la maestra cuando me preguntara por qué mi papá no había ido a verla? ¿Que me había contestado cosas que no entendía, que tenía vergüenza, que éramos pobres, muy pobres, pobrísimos?

Y así como me había escapado de mi papá, me escapé también de la escuela. Porque las palabras nunca me salían, pero igual me daba cuenta de que necesitaba hablar, decirle a alguien lo que me pasaba.

Que no entendía.

Que estaba triste.

Que me sentía solo.



SEXTA PARTE

Un poema



No me acordaba el piso. Mi papá me traía y Fanny me acompañaba hasta el departamento. No recordaba cuál; no había prestado atención.

Una mujer que entraba al edificio me vio mirando el portero eléctrico. Era delgada, tanto que parecía que sus pies no tocaban el piso. Tenía los ojos achinados y el pelo muy blanco. Recuerdo que pensé: parece salida de un libro.

—¿Rinraje? —me preguntó. Pensaba que quería apretar con la mano la mayor cantidad de botones, hacer sonar todos los timbres y salir corriendo.

—Yo... —dije. Y de nuevo, las palabras se hicieron un nudo: cuanto más intentaba que salieran, más fuerte se cerraba.

—A ver, a ver —sonrió la mujer. Se agachó hasta mirarme a los ojos. En los suyos, había un mundo entero—. ¿Buscás al Escritor, Lázaro?

¿Cómo se había dado cuenta? ¿Cómo sabía quién era yo, si ni siquiera mis compañeros de la escuela se acordaban de mi nombre?

—Vamos, Lázaro —dijo dándome la mano—. Yo te llevo.

—No lo esperaba tan temprano, Lázaro —dijo el Escritor.

La mujer me había llevado hasta ahí, lo había saludado con un beso y después se había ido al interior del departamento.

El Escritor me hizo un gesto para que me acercara a su sillón. Sin pensarlo, puse mi mano sobre la suya.

—Ahora —dijo el Escritor—, usted ha venido porque tiene algo que decirme. Entonces, ¿le parece si tratamos de ordenar todas esas palabras? Sabe una cosa, Lázaro: siempre pensé que había poder en las palabras. Si digo rosa, ¿no está el perfume y el color de la rosa encerrado en esas cuatro letras? La idea no es mía, pero me gusta. Y hay algo más: las palabras tienen tiempo. Van una atrás de otra, a su paso, a su ritmo. Son eternas, es cierto, pero también temporales. Entonces, voy a enseñarle un truco del que muchos se burlarían, porque es simple. La simpleza es mi aspiración, ¿sabe? Aburrir al lector es un pecado que no quiero cometer. Por eso, voy a explicarle algo, querido Lázaro: las palabras salen de a una, en fila. Dicen lo que dicen y más. Hay que desenterrarlas de a una. ¿Entiende? Entonces, ¿podríamos probar? Cuénteme lo que le pasa de a una palabra por vez.

Tomé aire. Lo dejé salir muy despacio, llevándose mis palabras hasta el oído del Escritor:

—Mi papá no sabe leer. Ni quiera me lo dijo, pero yo me di cuenta. Hablé con mi maestra, le pedí que le enseñara. Pero él no quiere y no puedo convencerlo. Tiene vergüenza, cree que es bruto.

—¿Y por qué quiere que lea? ¿Por qué es tan importante?

Tomé aire otra vez, pero el Escritor me detuvo:

—Lo escucho con mucha atención, Lázaro.

—Quiero que lea porque en los libros hay colores que no están en otro lado, como el amarillo de los tigres que vimos juntos en el zoológico.

—Pero ese es el mismo amarillo que ven todos.

—No es el mismo. Es distinto, porque es nuestro. Nosotros le pusimos nombre y ahora es nuestro.

—El oro de los tigres...

—Mi papá vive en un mundo que no es suyo. Dejó todo en el monte y acá ya no tiene nada... ¡ni los pájaros! Pero cuando lea, este mundo también va a ser de él. Y cuando camine por la calle y mire el cielo, va a ser suyo.

El Escritor se quedó en silencio. Masticaba mis palabras. Yo sentía que había dicho algo importante para que un hombre tan inteligente se quedara así, pensando.

—Es muy bello —dijo el Escritor—. Porque ese es un cielo que no puedo ver, pero es un cielo en el que sí puedo vivir. Un cielo de palabras.

Esa misma mañana, el Escritor me invitó a desayunar.

—Pero no en el departamento —dijo.

Fuimos hasta un lugar con unas mesas en la calle. El Escritor me iba guiando y yo lo guiaba a él, lo ayudaba a cruzar las calles, a no tropezar. Avanzábamos entre los dos: él sabía adónde íbamos, yo sabía por dónde ir. Cada tanto, alguna persona lo detenía, lo saludaba, se emocionaba. Alguno hasta me tocó la cabeza, me dijo que estaba muy bien lo que hacía, que aprovechara. Yo trataba de sonreír. Pensaba en mi papá, en ese cielo, en qué iba a pasar después.

—Todos lo conocen —le dije cuando nos sentamos, después de que el mozo también le dijera maestro.

—Al parecer, ellos creen que soy un maestro. Yo creo que se equivocan. Lo aclaro cada vez que puedo, pero insisten. Son persistentes en su error.

No supe qué decir.

—¿Y usted, Lázaro? ¿Usted cree que soy un maestro de algo?

Sonreí. Pensé que era una de esas preguntas que los grandes hacen solo para ser simpáticos, pero no: el Escritor me miraba sin verme, sus ojos nublados me atravesaban.

—Usted es un maestro —le dije, y pareció decepcionado por mi respuesta. Pero no era todo lo que quería decirle, así que tomé aire y seguí: una palabra por vez—. Es un maestro, pero no sé de qué.

El Escritor sonrió. El mozo trajo un café en una taza para él y un vaso enorme lleno de leche caliente para mí; me señaló una barra de chocolate que había sobre un platito y me explicó lo que tenía que hacer: meterla en la leche caliente, revolver hasta que se disolviese, tomar.

—Es un submarino —dijo.

El Escritor lo había pedido para mí. Nunca había tomado uno.

—Soy un maestro de nada, entonces —continuó el Escritor.

Seguía sonriendo; yo sabía que, como no podía ver, imaginaba lo que pasaba delante de él: la leche caliente, el chocolate, mi cara.

—No. Es un maestro de libros.

—Eso me gusta.

Nos quedamos en silencio.

Al rato, el Escritor dijo:

—Está preocupado por su padre, ¿no es cierto?

Le dije que sí. Llamó al mozo. Pidió un papel, le trajeron un cuaderno. Lo puso delante de mí. Como no teníamos con qué escribir, un hombre que estaba sentado junto a nosotros nos pasó su pluma sin que se la pidiéramos.

—Quédesela, maestro —dijo.

El Escritor apenas si contestó un gracias, sonrió al aire y después habló:

—Con la bondad de esta gente a su favor, escriba, querido Lázaro.

Me quedé esperando que me dictara. No sé cómo se dio cuenta de lo que pasaba, rio, volvió a hablar:

—Me la paso dictando poemas, todos de valor incierto. Hoy voy a hacer algo que creo nunca hice: decirle a alguien que escriba. Yo siempre he leído, no recuerdo algún momento de mi vida en el que no supiera leer. Y como los libros son mi vida, a pesar de que mi ceguera me los niegue, no creo que haya que escribir más: ya tenemos suficientes novelas y cuentos y poemas... ¿no le parece? Incluso me arrepiento de haber sumado algunas hojas a la literatura, hojas innecesarias. Pero hoy, le voy a pedir que escriba un mensaje para su padre: dígame lo que me dijo hace un momento, por qué quiere que aprenda a leer.

—¿Lo del cielo y...?

—Eso. Escríbalo.

—Pero no sé...

—Lázaro, voy a decirle algo que tardé años en aprender: la escritura no es conocimiento. Escriba. No hay mucho más. Solo un consejo: cada tanto, cuando lo sienta o le parezca, baje de renglón, aunque no haya llegado al margen. Pero no lo piense mucho: hágalo, nada más.

Escribí. Primero dudé, taché, volví a empezar. Después arranqué la hoja, empecé de nuevo. Al final, escribí varios renglones.

—¿Terminó? ¿Le molestaría leérmelo?

Me daba vergüenza, pero se lo leí. Después, me pidió que arrancase la hoja con cuidado, que se la diese. La dobló y guardó en el interior de su saco.

—¿Sabe dónde está su padre? —me preguntó.

Le dije que creía que en un edificio del que lo llamaban siempre, arreglando un problema. El Escritor me pidió que lo llevara. Quedaba a unas pocas cuadras, pero como caminábamos lento, tardamos mucho.

Mi papá estaba en la puerta, aceitando una cerradura. Nos quedamos esperando que terminara, sin avisarle.

Cuando nos vio, se sorprendió.

—¿Vos no estabas en la escuela? —me preguntó.

El Escritor lo detuvo con un gesto. Pensé que iba a explicarle, pero solo dijo:

—Esto lo escribió Lázaro para usted: su primer poema. Es algo tan profundo, tan secreto, tan íntimo que nadie más que usted debería leerlo. Conozco poco de la vida, ¿sabe? Porque viví más

adentro de los libros que afuera. No me arrepiento, aunque a veces me siento infeliz y un poco cobarde. En todo caso, estas palabras que escribió Lázaro tienen, en mi opinión, algo mágico: inventan un puente entre la realidad y la letra. Lo envidio: con un mínimo esfuerzo, usted podría cruzarlo, pararse en el medio, mirar la inmensidad del mundo desde un único lugar. A pocos les es dado ese privilegio; no lo desaproveche.

Papá se quedó mirándolo. Era extraño, porque el Escritor le había hablado en difícil, sin tratarlo como a un tonto. Yo no comprendía todo lo que había dicho y mi papá tampoco. Pero igual, los tres entendíamos.

Entendíamos todo.

A la mañana siguiente, mi papá me acompañó a la escuela.

—Quedate conmigo —me pidió.

Así que no formé con mis compañeros y me quedé con él, esperando a la maestra. Siempre me había gustado la sonrisa de la maestra, porque se le hacían dos agujeritos en los cachetes. Era como la sonrisa de una nena en la cara de una mujer.

—No sé leer —dijo mi papá sin saludar, sin darle la mano o un beso. Se quedó mirándola a los ojos. Era valiente; yo sabía que tenía mucha vergüenza, pero igual la miraba, no bajaba los ojos.

—Acá eso no es un problema —dijo la maestra—. En este lugar hacemos eso: le enseñamos a leer a la gente, ¿sabe?

La maestra le explicó que los sábados se daba un curso especial para los adultos que no sabían leer.

—Pero algunos sábados trabajo...

La maestra le dijo que no importaba, que fuese cuando pudiera. Y que, si no tenía con quien dejarme, podía acompañarlo.

—Necesito un ayudante.

Mi papá sacó del bolsillo la hoja en la que yo había escrito el poema. Eran unos pocos renglones, con pocas palabras. Me dio mucha vergüenza.

La maestra leyó en silencio.

—Quiero leer —dijo mi papá—. Quiero saber qué dice.

La maestra me miró.

—¿Quiere que yo...?

No sabía qué decir, cómo explicarle que no, que no le leyera, que tenía que hacerlo él, como había dicho el Escritor. Pero mi papá volvió a hablar.

—No, señorita. Tengo que leerlo yo. Por eso quiero aprender.

Mi maestra volvió a leer.

—¿Sabe? Es bellissimo lo que está escrito acá.

Nunca supe por qué lo decía.

—Funcionó —le dije unas tardes después al Escritor, cuando le conté lo que había pasado con papá.

—Eso me hace feliz.

—¿Usted sabía que...?

—No, no sabía. Son muchas las cosas que desconozco. Pero me alegro de que haya servido.

—Mi papá va a poder leer mis palabras.

—Tal vez este acto justifique mi vida más que los libros que he escrito, más que los libros que he leído.

El Escritor se quedó en silencio. Después se puso de pie, buscó mi hombro para que lo guíe, me sonrió sin verme. Yo sabía que no me necesitaba para moverse por el departamento, que podía hacerlo solo, que lo conocía porque vivía ahí desde hacía años. Nos acercamos a una ventana. Miré la calle por los dos. Las personas, los autos, se veían muy chicos. Era como si fuésemos dioses que miraban todo desde su cielo.

—La tarde pasada fui a la librería e hice algo que jamás había hecho: le pedí a mi amiga que me lea una vieja entrevista que di hace muchos años, cuando empezaba a quedarme ciego. Desconozco el porqué de mi fama; reportajes que me hicieron hace muchos años ahora se publican y la gente los lee con veneración. Eso me inquieta. Escuché cada una de mis respuestas y, ¿sabe qué descubrí? Que era cruel. Irónico. Despiadado, también. Con gente que conocía, con otros escritores, con personas que ya no están. Cometí el peor de los pecados: fui descortés, que es mucho peor que no ser feliz; es hacer a otros infelices. Creo que era inseguro, o tenía temores, o no los comprendía, o tal vez ellos no me comprendían a mí y eso me dolía. Amigos que dejaron de serlo y yo, en lugar de olvidarlos o de recordarlos con bondad, humillé con mis palabras.

El Escritor se quedó en silencio. Hice un esfuerzo por entender lo que decía.

—Usted fue malo con otros —dije— nada más que porque podía serlo.

—Es terrible, sí. Suena a espanto.

—¿Y por qué no les pide perdón?

—Qué pregunta tan simple me hace, Lázaro. La que ninguno de esos periodistas me haría, ¿no cree? Y, sin embargo, es la que más temo contestar.

Abajo, la gente seguía caminando, yendo y viniendo. Ahora era muy parecida a nosotros.

—Por qué no pido perdón, me pregunta. Porque perdón debería pedir el otro, ese que ya no

soy. Por eso pienso que tal vez haber ayudado a que su padre lea sus palabras es mi acto de redención. Un acto sencillo, casi cobarde, ¿no cree? Pero... ¿quién dijo que se necesite más que eso para salvar un alma? Me gustaría pensar que un acto de bondad puede contrarrestar otros muchos de maldad. Me gustaría, aunque no sé si sea correcto.

Ese sábado acompañé a papá a la escuela. Era raro ver el patio vacío. El aula sin mis compañeros me daba tristeza. Me acordé de Catalina y me dieron ganas de que estuviera ahí.

—Si querés, el próximo sábado le decimos que venga —me dijo la maestra cuando le comenté—. Y, además, en un rato tengo una sorpresa para vos.

Nos reunimos en la biblioteca. Ahí, rodeado de libros, me sentía cuidado, como si todas esas páginas me abrazaran. Además de mi papá, había cinco personas. Algunos ya sabían leer, pero les costaba. A mi papá lo sentaron con una señora grandota, que hablaba a los gritos y se reía todo el tiempo. Hacía solo unas clases que estaba yendo, así que todavía no entendía mucho. Mientras que los otros tres hacían ejercicios, la maestra les preguntó:

—¿Qué son las palabras?

La mujer dijo en seguida:

—Ruiditos.

Y después se rio.

—Claro, son eso: sonidos. Y las letras, según como se pongan, representan esos ruiditos. No es difícil, pero hay que aprender qué dibujo —y señaló un abecedario que había arriba de la mesa— representa qué sonido.

Les señaló cuáles eran las vocales y les explicó que se trataba de las más importantes, porque ayudaban a las otras, las consonantes, a hacer un ruidito preciso. Después fue mostrándoles qué pasaba cuando las unían. Si se equivocaban, la señora se reía muy fuerte, como si no le importara cometer errores. Pero después volvía a empezar. A veces la maestra se tentaba, y yo también, y los demás, hasta mi papá.

—Basta, María, así no se puede —le decía la maestra, pero no era un reto: le seguía la broma.

Después le tocó el turno a papá. Se equivocó una, dos, tres veces. Nadie dijo nada, ni siquiera María. Hasta que, a la cuarta equivocación, mi papá giró la cabeza, la miró y ahí nomás largaron la carcajada. Se reían, se abrazaban, se separaban y volvían a reírse cada vez más alto.

—Vamos de nuevo —dijo la maestra y ahí nomás papá volvió a intentarlo, con todos mirándolo. Y cada vez que se equivocaba, de nuevo a reír, y de nuevo a probar, y de nuevo a reír, y de nuevo a probar. Hasta que ya no nos reímos más: mi papá no se equivocó ni una vez.

—Creo —dijo— que empiezo a entender.

Miró a María, que esta vez no reía. Palmeó a mi papá en la espalda y le dijo:

—Empezamos a entender, caballero. Empezamos a entender.

Y soltó la carcajada, una que nos envolvió a todos.

La maestra nos dio un recreo. Mientras que los grandes hablaban de sus cosas, me llamó.

—Mirá quién vino —me dijo.

En la puerta de la biblioteca, estaba el profesor de Música.

—¿Hay algún jugador de ajedrez por acá? —preguntó.

No lo pensé y corrí hasta él, pero cuando llegué, no supe qué hacer. El profesor me abrazó y yo me di cuenta de que era eso lo que quería: abrazarlo.

Después se acercó a la maestra y le dio un beso en la mejilla. Los dos se miraron y rieron. No era como la risa de María y de papá; era una risa que hablaba, que decía palabras que yo no conocía, pero que ellos, mi maestra y mi profesor, entendían bien.

Cuando los grandes volvieron a estudiar, con el profesor nos pusimos en una mesa aparte y empezamos a jugar al ajedrez con un tablero chiquito y viejo. Sacábamos ejercicios del mismo libro que habíamos usado la vez pasada. Los dibujos me ayudaban a imaginar que esa era una guerra de verdad, que no movía muñequitos, sino a mis propios soldados.

El profesor comió a una de mis torres con un alfil. Me quedé mirándola ahí parada, al costado del tablero.

—Es un juego, Lázaro —me dijo—. No te pongas mal. No se puede ganar siempre.

—Es que ahora está muerta —le dije—. La torre está muerta, ¿no?

—Bueno, no, porque es un juego. La próxima partida está ahí otra vez. Así que no, no se murió. Está descansando, digamos.

No podía dejar de mirarla.

—¿Y cuando las personas se mueren, también descansan?

—No sé, Lázaro. Hay gente que cree que al morir nos vamos a un lugar mejor, hay otros que creen que no, que vamos a uno mucho peor. Otros creen que volvemos al mundo como bebés, para empezar de nuevo. Y están los que creen que todo se termina. La verdad es que nadie sabe. Y eso da angustia.

—Mi mamá está muerta.

—¿Y eso te angustia?

—No sé. No la conocí. No sé si la extraño. Cuando mi papá se va a trabajar y me quedo solo, al rato se me viene la cara de él, la sonrisa, hasta la voz. Y sí, lo extraño. Pero con mi mamá no me pasa: no hay cara, no hay sonrisa, no hay voz.

—Yo creo que sí la extrañas. Cuando tu papá se va, vos sabés cómo es la forma del vacío que

deja: es alta, grandota, como él. Pero con tu mamá, ese vacío no tiene forma y eso es más difícil. Porque es un vacío dos veces vacío. ¿Entendés lo que te digo?

Lo pensé.

—Sí que entiendo, profe.

Seguimos jugando. El profesor me comió un peón. Esta vez, lo miramos juntos. Pensé en Beppo.

—No me gusta la muerte —dije.

—A nadie le gusta, pero a todos nos llega. Mi papá se murió cuando yo tenía doce años, un poco más que vos. Un accidente de tránsito, una estupidez. Era zapatero y tocaba el violín como pasatiempo. No era bueno, pero le gustaba. Yo aprendí música porque no podía soportar ver el violín en el estuche. Era como si me olvidara de mi papá. Porque lo peor no es la muerte, Lázaro: lo peor es el olvido.

—¿Y usted toca el violín?

El profesor se rio.

—Un poco, pero no es mi instrumento preferido.

—Le da tristeza.

—Y sí, Lázaro. Porque el olvido es terrible, pero el recuerdo, a veces, también.

Esa semana no vi al Escritor. Estaba de viaje y volvía en unos días. Con papá, practicamos mucho. A veces, se enojaba porque las cosas no salían, decía que ya estaba, que no tenía sentido.

Yo quería, como hacía la señora María, reírme para que él también se riera. Para que se diera cuenta de que no estaba mal equivocarse, que era la forma de aprender. Pero no me salía y me quedaba callado, mirando las hojas del cuadernillo que la maestra le había dado.

Al otro día, me decía:

—Dale, Lázaro, ayudame. No me van a ganar estos dibujitos, ¿no?

Yo no sabía que había días en los que todo salía bien. Me parecía que no podía ser, que siempre alguna cosa me tenía que hacer sentir raro, extraño. Pero ese sábado, todo fue perfecto.

La maestra invitó a Catalina, que vino a aprender a jugar al ajedrez. El profesor de Música me pidió que le explicara. Y yo me animé, porque ellos eran buenos conmigo, me escuchaban, se reían si algo no se entendía, me preguntaban.

Además, mi papá había practicado tanto que la maestra lo felicitó a él, y también me felicitó a mí por haberlo ayudado.

—Si sigue así, en un par de meses va a poder leer el poema de Lázaro, Francisco.

La señora María preguntó qué poema y la maestra le contó.

—¡Qué dulce, Lázaro! —me dijo—. Un poema para papá... Y que lo pueda leer. Me encantaría que mis hijos me escriban una carta algún día.

Nos dijo que, como no sabía leer, nunca le habían escrito ninguna. Que ahora, además, estaban lejos, y que les costaba comunicarse por teléfono, porque era caro. Y que por eso ella quería aprender a leer y escribir: las cartas eran más baratas.

—Y para mí que son más lindas —dijo—. Porque las terminás y después, podés leerlas las veces que quieras, ¿o no?

La maestra le dijo que sí, que ella leía las cartas que le mandaba su novio una y otra vez.

—¿La señorita tiene novio? —le preguntó María.

Le dijo que sí, que tenía uno muy apuesto y muy bueno.

—A ver si algún día trae a ese buenmozo para que lo conozcamos —bromeó María, y la maestra le contestó que cómo no, que por ahí hoy se los presentaba.

Y eso fue lo último lindo que pasó ese sábado: la maestra nos presentó a su novio.

—Acá lo tienen —dijo cuando estábamos saliendo, y le dio un beso al profesor de Música.

María aplaudió, mi papá los felicitó y todos dijeron que hacían una hermosa pareja.

—Es nuestro secreto —nos dijo a Catalina y a mí, guiñándonos un ojo.

Dije que esto fue lo último lindo que pasó, pero no: cuando salíamos, Catalina me dio la mano.

—Otro día, vos y yo nos ponemos de novios también, ¿querés, Lázaro?

No supe qué contestarle, pero adentro mío, mi corazón dijo que sí.

—Quedan pocas páginas —le dije al Escritor.

Me contestó que lo sabía.

—Es el destino. Nadie escapa: ni los héroes, ni los traidores y mucho menos los cobardes.

—Nosotros somos héroes —dije.

Sabía que al Escritor le molestaba no haber sido valiente.

—¿Por qué cree eso, Lázaro de Buenos Aires?

Así me había llamado la primera vez que nos encontramos: Lázaro de Buenos Aires.

—Porque peleamos —dije.

—¿Y contra qué peleamos?

Sin pensarlo, contesté:

—Contra la ausencia.

—Querido Lázaro, ha elegido usted un adversario memorable.

Me pidió que leyera.

Jim estaba en problemas. Los piratas nos arrastraban en su búsqueda del tesoro... ¿por qué el doctor les había dado el mapa? ¿Qué era lo que estaba pensando? Y entonces, pasó: cuando llegamos al escondite, ya no había nada: ni una moneda, solo cofres vacíos. Los piratas se desesperaban, acusaban a John Silver y a Jim, estaban a punto de matarnos. Pero nada de eso pasaba: el doctor y Ben Gunn salvaban a Jim. Silver se entregaba. El tesoro estaba guardado; el propio Ben lo había ocultado.

Leí la parte en la que Jim vio el tesoro:

—Era el tesoro de Flint, que desde tan lejos habíamos venido a buscar y que ya había costado las vidas de diecisiete hombres de la Hispaniola. Cuántas había costado amasarlo, cuántas gallardas naves hundidas en el fondo del mar, cuántos valientes obligados a pasear por la tabla con los ojos vendados, cuántos cañonazos, cuánta infamia e impostura y crueldad, quizá nadie pudiera decirlo.

Mientras leía, el Escritor susurraba. Me di cuenta de que repetía mis palabras, pero en otro idioma. Recordé lo que me había dicho la primera vez que nos encontramos: había leído *La isla del tesoro* hacía mucho, cuando era un niño. Y la había leído en inglés.

—Es una historia maravillosa, ¿no cree? —dijo cuando terminé.

Sentí la ausencia, pero no de una persona, sino de una historia, de una aventura, de un mar lejano, de un tesoro, de hombres que no eran hombres: solo palabras.

Nos quedamos en silencio. El Escritor estiró la mano, yo se la agarré. Así estuvimos hasta que Fanny trajo el té. De nuevo venía con escones.

Fanny tocó el hombro del Escritor y le susurró algo al oído.

—Tiene que decírselo.

Fanny se fue. El Escritor se quedó callado.

—Dígamelo —dije.

—¿Que le diga qué?

—Lo que tiene que decirme.

—Es descortés escuchar lo que los demás quieren ocultar.

—Pero quiero saber.

—Saber a veces no es bueno.

Tomamos el té.

—¿De verdad le gustan los escones, Lázaro? Porque yo los detesto. Hace tiempo, hubo un malentendido y Fanny creyó que eran mis favoritos. No quise ofenderla, y por eso, desde hace años como unos escones que no me agradan.

—Son... ricos —dije.

Nos reímos juntos.

—Pasado mañana me voy, Lázaro.

—Cuando vuelva, podemos empezar un libro nuevo.

El Escritor se quedó callado.

—Esta vez no voy a volver. Soy viejo y quiero ir al lugar donde empezó todo. Me voy a una vieja ciudad de Europa, querido amigo. Y me voy para morir.

No supe qué decir.

—Todo este tiempo, todos estos libros, ajenos y propios. Tantos espejos, destinos, laberintos, inmortales, orilleros, guitarras, guerreros. Tanta valentía, tan poco amor, tanta angustia, tanta risa. Todo porque quería salvarme, Lázaro. Y no me daba cuenta.

Le apreté la mano. Él puso la otra encima de la mía, acercó su cara, me habló.

—Todo por salvarme, pero no era el camino. La única pasión que salva, la única que de verdad nos redime, es la amistad. Usted es, Lázaro de Buenos Aires, mi último amigo. Ha sido un verdadero privilegio.

—Yo... —quise seguir, pero no pude. Y entonces, lo hice. Lo abracé fuerte, muy fuerte.

—Mi amigo —dijo el Escritor.

—Mi amigo —repitió.

Mi amigo.



SÉPTIMA PARTE

Nuestro cielo



Pasaron tantas cosas, que me cuesta contarlas. Las palabras se pelean menos que antes y aprendieron a salir de a una por vez, pero igual es complicado.

Ese día, cuando volví a mi casa, lloré mucho.

—¿Por qué llorás? —me preguntó papá.

—Porque mi amigo se va —le dije—. Porque va a convertirse en ausencia.

Pasó un tiempo y muchos sábados. Mi papá trataba de no perderse ninguna clase, de estar siempre. Catalina también venía, aprendía a jugar al ajedrez y cada tanto me daba la mano.

Un día, la maestra me llamó:

—Lázaro, tu papá te quiere mostrar algo.

Y ahí estaba papá, con mi hoja, con mi poema.

Empezó a leer, pero se trabó. Miró a la maestra, miró a sus compañeros. El profesor de Música se acercó:

—Aunque todos tenemos ganas de escuchar, esto es algo entre ustedes dos.

María bufó, pero todos salieron. Nos quedamos solos en la biblioteca, rodeados de libros.

Papá empezó de nuevo, y leyó:

Papá vive en un mundo
que es de otros.

Cuando lea,
ese mundo va a ser suyo
por primera vez.

Cuando camine por la calle
y mire el cielo,
ese celeste va a ser suyo:
su propio cielo.
Nuestro propio cielo.

Mi papá levantó la vista. Yo lo miraba.

—Leés muy bien, papá —le dije.

Y entonces, desde afuera, nos llegaron los aplausos, como el canto de los pájaros: nadie se había ido. Todos estaban del otro lado de la ventana, mirando, siendo parte.

Juntos.

Meses después, la maestra me lo dijo: Jorge Luis Borges, mi amigo, había muerto en una ciudad llamada Ginebra.

Me sentí mal, pero no lloré. Para mí, ya era una ausencia.

Esa semana, el profesor de Música vino a verme.

—¿Cómo te sentís?

Y ahí sí, lloré. Y a la palabra ausencia, sumé una nueva.

—Lo extraño —dije.

Y era verdad.

Unos días después, le dije a papá que me acompañara a la librería. Llevé la plata de mi frasco: iba a conseguir mi segundo libro.

Fuimos hasta al edificio donde había vivido el Escritor y de ahí, a la galería, en busca de la librería.

Los dueños me reconocieron enseguida. Estaban emocionados.

—Quiero comprar un libro —dije dándoles la plata.

Mi papá dijo que no sabía si alcanzaba, pero la mujer contestó que estaba bien, que sí, que cómo no iba a alcanzar.

—¿Y sabés cuál querés?

—Sí —contesté. Respiré hondo, me aguanté y cuando supe que iba a poder, lo dije—: *El oro de los tigres*.

Lo buscaron, me lo dieron. La mujer no me quiso cobrar, pero el hombre dijo que sí, que tenían que cobrarme, que tenía que pagarlo, que yo necesitaba hacerlo.

Cuando agarré el libro, el tiempo y el espacio desaparecieron, y el Escritor estuvo conmigo de nuevo.

Y esta vez, fue para siempre.

Nuestro cielo



Lázaro es un niño que se refugia a menudo en el silencio, pero algo diferente le pasa cuando lee: las palabras se le ordenan y encuentra una voz que lo sorprende. Por eso se siente cómodo entre los libros, a pesar de no tener ni uno propio. Una tarde, mientras su papá trabaja haciendo arreglos en un departamento, descubre una enorme biblioteca. Lo que Lázaro no imagina es que pertenece a un escritor muy famoso y que, a través de conversaciones y lecturas compartidas, se irá tejiendo entre ellos una red de palabras que lo sostendrá para siempre.

Nuestro propio cielo es un relato sensible y poderoso, como los puentes que tiende la lectura, como esos encuentros, a veces fugaces, que pueden marcar el destino.

EZEQUIEL DELLUTRI

Es escritor, profesor de Lengua y Literatura, y activo promotor de lectura entre niñas, niños y jóvenes. En 2018, obtuvo el premio Norma por *Koi*, su primera novela juvenil, también seleccionada para integrar el prestigioso catálogo White Ravens. En dos oportunidades ganó el premio Destacados de ALIJA a mejor novela infantil por *Minotauro en zapatillas* (2019) y *Mamerto mío* (2022).

Dellutri, Ezequiel

Nuestro propio cielo / Ezequiel Dellutri. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2024.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-07-7102-3

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.

CDD A863.9282



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Ilustración de tapa: Sonia Basch

Diseño de tapa: Raquel Cané

Diagramación: Marcelo Torres

Corrección de textos: Guadalupe Rodríguez

Edición en formato digital: agosto de 2024

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-7102-3

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Instagram: [novelas para chicxs](#)

Tiktok: [novelas para chicxs](#)

Facebook: [penguinaulaar](#)

Instagram: [penguinaulaar](#)

Índice

Nuestro propio cielo

Dedicatoria

Primera parte. Una biblioteca

1

2

3

4

5

6

7

8

Segunda parte. Ausencia

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Tercera parte. Unos tigres

1

2

3

- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16

Cuarta parte. Un libro

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10

Quinta parte. Un camino

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9

10

11

12

Sexta parte. Un poema

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Séptima parte. Nuestro cielo

1

2

3

4

5

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos